

BUEN HUMOR

40

CTM S.



PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLUZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO-LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin tenerlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—**Canarias:** droguerías de A. Espinosa.—**Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.—**Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

19.—De Astronomía.

Se baila en un pueblo de Aragón.
El señor E arma bronca y el baile se acaba.

CUPÓN

correspondiente al núm. 139
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

20.—Al cuidado de las armas.

G 150 51

21.—Niñas modositas.

1000 R = = =

22.—Cinegética.

Por una cuesta áspera como una *tercia-prima*, y arrojando *segunda-segunda*, enfurecido *segunda-prima* un soberbio *todo*.

23.—¡Cualquiera va en verano!

CARABAÑA

T

NADA

AMAZONAS

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 136.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.

24.—Para el descote.

100 050 R
NOTA

En la República Argentina se vende **BUEN HUMOR** en todos los quioscos, estaciones del ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante **A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES** En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de **BUEN HUMOR**

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE MAYO

Verificado públicamente el sorteo, han resultado favorecidos los *perdedor* siguientes:

PRIMER PREMIO.—Un billete de la Lotería Nacional núm. 32.832, para el primer sorteo de agosto, a D.^a Mercedes de Castro, de Madrid.

SEGUNDO PREMIO.—Medio billete de la Lotería Nacional de igual número y para igual sorteo que el anterior, a don Fernando Blanco, de Madrid.

TERCER PREMIO.—Tres décimos de la Lotería Nacional de igual número y para igual sorteo que los anteriores, a D. Juan Pinto, de Madrid.

Los favorecidos pueden recoger sus premios, previas las debidas formalidades, en nuestra Administración, plaza del Angel, 5, cualquier día laborable, de cuatro a siete de la tarde.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE JUNIO

Soluciones a los pasatiempos de **BUEN HUMOR** publicados durante el mes de junio de 1924.

1. *Entrevía.*—2. *Metrópoli.*—3. *Antevíspera.*—4. *Chico en grande.*—

5. *Casiopea.*—6. *Vivillo.*—7. *Coqueluche.*—8. *Silicio.*—9. *Marmita.*—10. *Dólares.*—11. *El amor y el interés.*—12. *La Caraba.*—13. *Tímpano.*—14. *Sinecura.*—15. *Aldonza.*—16. *Delfín.*—17. *Equipaje.*—18. *Parsimonia.*—19. *Enredos-Enfadados-Enfasis.*—20. *Penacho.*—21. *Oportuno.*—22. *El principio de autoridad.*—23. *Picatoste.*—24. *Badila.*—25. *Escarlatina.*—26. *Batanero.*—27. *Sísifo.*—28. *Silvela.*—29. *Bastardo.*—30. *Palímpeda.*

Examinadas las diez y seis mil veinticinco soluciones recibidas, resultan completamente exactas las cuarenta y cinco que firman los *perdedor* relacionados a continuación:

1. Pío de Bayo. Bilbao.—2. Ernesto Durán. Cádiz.—3. M. Herce. Las Arenas.—4. Marceliano Pedrero. Larache.—5. Alfredo G. Veas. Cádiz.—6. Maruchi Martín. Navalmoral de la Mata.—7. Marichu Peyrona. San Sebastián.—8. Adela Peyrona. San Sebastián.—9. Manuel Estrada. Cádiz.—10. Concha Rodríguez. Santander.—11. Luis Olaya. Sevilla.—12. Eduardo de Otaduy. Portugalete.—13. José G. Prieto. Carabanchel Bajo.—14. Enrique Pineda. Sego-

via.—15. Encarnación Orbea. Sestao.—16. Benito Cañas. San Fernando.—17. Carmen Domínguez. Portugalete.—18. María Luisa Besses.—19. Fernando Blanco.—20. Conchita Lorenzo.—21. Felisa Maraver.—22. Fernando Peña.—23. Carmen Martín.—24. Manuel G. Reyes.—25. Carlos Rivera.—26. Charito Maraver.—27. Manuel Arias.—28. José P. Garrot.—29. Ramón Martín.—30. Joaquín G. Linares.—31. Eloy del Puerto.—32. Antonio Souto.—33. Ramón Maraver.—34. Mariano P. López.—35. Manuel Monjardín.—36. Matilde Maraver.—37. Emilio Riñón.—38. Daniel de la Puente.—39. Federico Sanz.—40. Pilar Alonso.—41. Carmen Jimeno.—42. Clemente Rodríguez.—43. Elena J. Castro.—44. Porfirio del Campo.—45. A. M.^a Martínez. (Todos de Madrid.)

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 28 del actual.

Advertencia a los perdedor

Por defectos apercibidos en la charada núm. 7 del Concurso de julio, queda anulada.

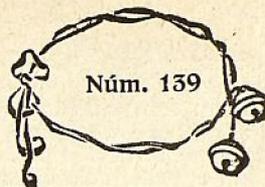
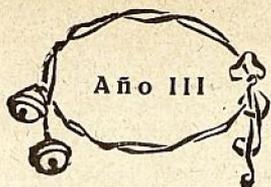


TUBO
2 pts

PAPÁ, MAMÁ Y YO
usamos todas las mañanas la
P A S T A D E N S

Deja en la boca el sabor de un delicioso bombón, perfumado y refrescante. Limpia la dentadura con la suavidad de una esponja, dándole una blancura y un brillo insuperables.

PERFUMERÍA GAL.-MADRID



EL AMIGO DE LA CHEPA



LE tocó a Felipe la lotería. Siete mil duros contantes y sonantes le quedaron, limpios de polvo y paja, después de pagar unas trampillas, echarle un remiendo a la casa, comprar

un terno azul que parfía los corazones, y darle a su mujer, para que se equipara ella, hasta veinte duros como veinte soles. ¡Siete mil durazos! ¡Se acabaron las pesadumbres! Se acabó el currelar por esas calles, casi siempre metido en negocios no muy limpios, a la busca de las cuatro o cinco pesetillas que él necesitaba llevar a su casa. ¡Bendijera Dios la buena estrella que le había deparado aquella fortuna! ¡Con qué gusto se iba a meter a persona decente!

Porque él con aquellos siete mil duros iba a poner un negocio. ¿Y qué mejor negocio podía poner que una taberna, él, que tenía tantísimos amigos en Sevilla? ¡Taberna sería! Una taberna con la mejor manzanilla, las mejores aceitunas, las mejores «tapas», dos deshabillados montañucos al mostrador y todo rechinando de puro limpio. Taberna abierta al sol en invierno, y discretamente entornada, blancas cortinas en puertas y rejas y bien regado el suelo en el verano abrasador. Una delicia, un paraíso en medio de la mismísima Triana, donde él era más conocido que la ruda. ¡La taberna de Felipe alcanzaría renombre!

Y como lo pensó lo hizo. Tomó en arriendo una tienda, entró en ella Pepa, su mujer, con una cuba de cal, otra de agua, una escobilla y una aljofifa, y refregón por acá, bruñido por allá, escobillazo por acullá, agua a chorros y mano lista, dejó todo aquello más reluciente que espejitos para alondras.

Y como a las alondras había que deslumbrar a los futuros parroquianos, que no es cosa fácil que un bebedor cambie de querencia ni cosa de poco hacer acreditar un establecimiento vinícola en

Sevilla donde hay tantos y con fama tan bien conseguida.

Claro que estropear el negocio de «El 9» o el de la «Viuda» o el del «Pasaje del Duque», no se le pasó a Felipe ni por las telas del pensamiento. Él se daría con un canto en los dientes con que acudieran a su tabernilla cuatro amigos leales, sus cuatro mejores amigos, los más rumbosos, una peñita sosegada y gastadora, y con eso y con que se corriera la voz de que allí bebían personas de viso, ya estaba puesto en marcha el negocio para cien años que viviera. ¿Vendrían esos cuatro amigos? Claro, señor; sería cosa de negar, si no, que cuando hay sol es de día; porque aparte de que ya dice la copla:

¿Dónde hay gusto como entrar
cuatro amiguitos leales
en casa de un «montañés»:
—Enjuague usted esos cristales?

él contaba por cientos de docenas sus «amiguitos leales».

¿Y acudieron? ¡Vaya si acudieron! No todos los que tenía Felipe, pero sí una gran parte de ellos. Lo malo fué que de aquellos amigos de dinero, los del duro siempre dispuesto a sonar en el mostrador, de esos cayeron pocos; en cambio se le coló por la puerta un enjambre de gorriones que daba miedo.

—Felipe—le decía su mujer—, que tú no te das cuenta, y no es que yo quiera aconsejarte, pues tú eres el amo de la guita y el señor de tu casa; pero yo le he echao un vistazo al libro de las apuntaciones y aquello es el cuento de un loco.

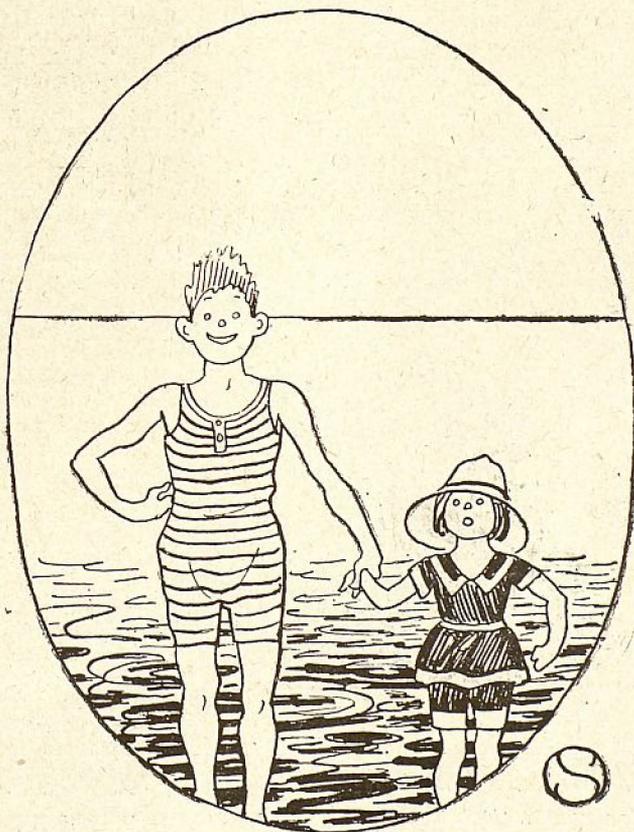
Bien lo comprendía Felipe; pero, ¿qué iba a hacer el hombre? ¿Cómo negar cuestión de tres chatos o cinco, o diez o veinte, si se terciaba, a quien era, en cuanto salía del establecimiento, un trompetero que proclamaba a los cuatro puntos cardinales las excelencias de su taberna?

Claro era también, por otro lado, que del primer pedido que hizo a Sanlúcar ya le quedaba poco; las letras no tardarían en llegar y no le iban a admitir como pago el crédito contra sus «amiguitos leales». ¡Por víchale, hombre!... Pues sí que le habían jorobado los amigos. ¡Hombre—y a propósito de jorobado—, sobre todo el Viri! Aquel jorobado, guasón, sin lacha, que no faltaba un día, se «apimplaba» de lo fino, convidaba a quien en la taberna hubiere y por remate de cuenta y finiquito de pago, le decía a Felipe:

—Oye, Felipe, esto es mío.

Y se iba tan campante con su jorobilla a cuestras y su risita nerviosa.

¡Aquella risita!... Hasta entonces no había él notado lo molesta que resultaba la risita de su amigo el jorobado. ¡Resultaba antipática, hombre! ¡Mire usted que con los años que llevaban de amigos no haber reparado en ello! Y nada, que sí, que resultaba antipática, señor, muy cargante, muy... jorobante.



Dib. SILENO.—Madrid.

Bueno y santo, que don Gregorio, el empleado de Hacienda, tuviera también la misma muletilla al irse sin pagar: «Felipe, eso es mío.» También estaba bien que dijera lo mismo don Salvador, el de la Audiencia, cuando ya se le salía la manzanilla por los ojos: «Apunta, Felipe, que eso es mío.» Esos dos eran señores de don y de bombín que daban lustre a la taberna; pero, ¿que dijera lo mismo el jorobado y se riera encima? ¡Que no, hombre, que no! ¡Borrón y cuenta nueva!

—Cuenta nueva y borrón, Pepa. Lo pasao, pasao, y no se hable más de eso. Cinco mil pesetillas se me han bebido; según resa el librito ése, que ya puedes echarlo a la lumbre pa que sir-

va pa argo. Pero mañana llega el otro pedido de Sanlúcar, y desde mañana en adelante es que ni don Gregorio ni don Sarvaó, ni don Arfonso XIII, se va de aquí sin pagá. ¡Por éstas que te lo juro!

Y se volvieron a llenar los barriles, se le dió otro repaso de limpieza a la tienda, se repuso la cristalería y a empezar con el día primero de mes una nueva vida.

Y llegó el día primero, y no serían las seis de la mañana cuando Felipe abrió su tienda y ¡as! el primero que coló fué el jorobado.

El jorobado con otro jorobado. ¡Por si fuera poco uno, dos!

—Hola, Felipe.

—Hola.

—Echa media dosenita de cañas.

—Como las balas. Aquí están.

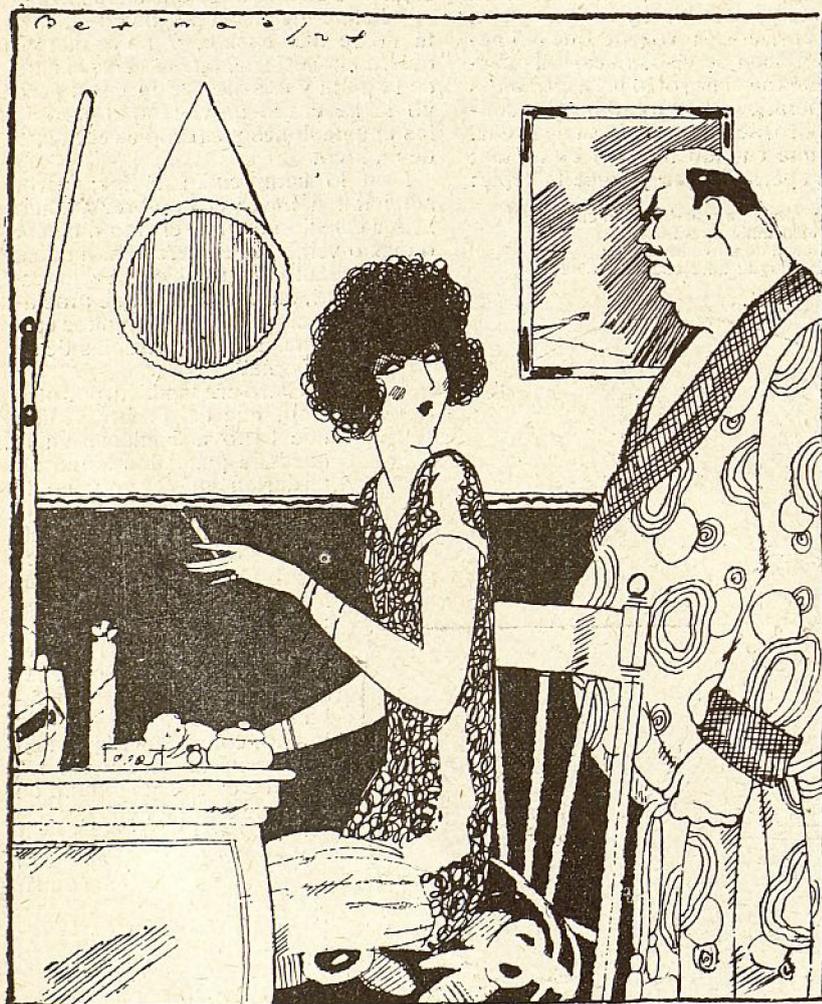
—Bueno, esto lo pago yo—dijo el otro jorobado.

—Quita, hombre—contestó el Viri—, aquí no pagas tú. Ya lo sabes, Felipe, esto es mío.

Y Felipe, rápido como una centella, le echó mano a las cañas y exclamó:

—¿Que esto es tuyo? No, hombre, no. ¡Esto es mío!... ¿te enteras? ¡¡Esto es mío!... Y te voy a dar una patá en el coco que va a llegar el agua a la Habana.

PEDRO PEREZ FERNÁNDEZ



Dib. BERNAD.—Madrid.

—¡Pero qué poca vergüenza tienes!... ¡Debieras enrojecer de maquillaje de esa manera!...

Metamorfosis

EL BANDOLERO

No usa zamarra, faja y calañés, ni acarelada bota de montar, ni traspasa la sierra y el pinar en su gallardo potro cordobés.

Hoy viste un elegante terno inglés y es en todo su aspecto tan vulgar que nadie le podrá diferenciar del honrado y pacífico burgués.

No exige a nadie ni un maravedí ni su vida en salteos arriesgó; mas al buscar lo ajeno para sí tal destreza de manos consiguió que si está dos minutos junto a ti ¡te deja sin cartera y sin reló!

LA DUEÑA :

No gasta antojos ni monjil austero, a la usanza del siglo diez y siete, que luce un adornado sombrerete con todo el aire de pichón casero.

No usa el tono gruñón, agrio y severo en todo menester que le compete, sino que a sus señoras se somete con gesto siempre humilde y zalamero.

Su compañía a la doncella abona que la hace pasear toda su vida sin consideración a su persona, y vive tan cansada y aburrída que si no es ya «la Dueña Quintañona» sigue siendo «la Dueña Dolorida».

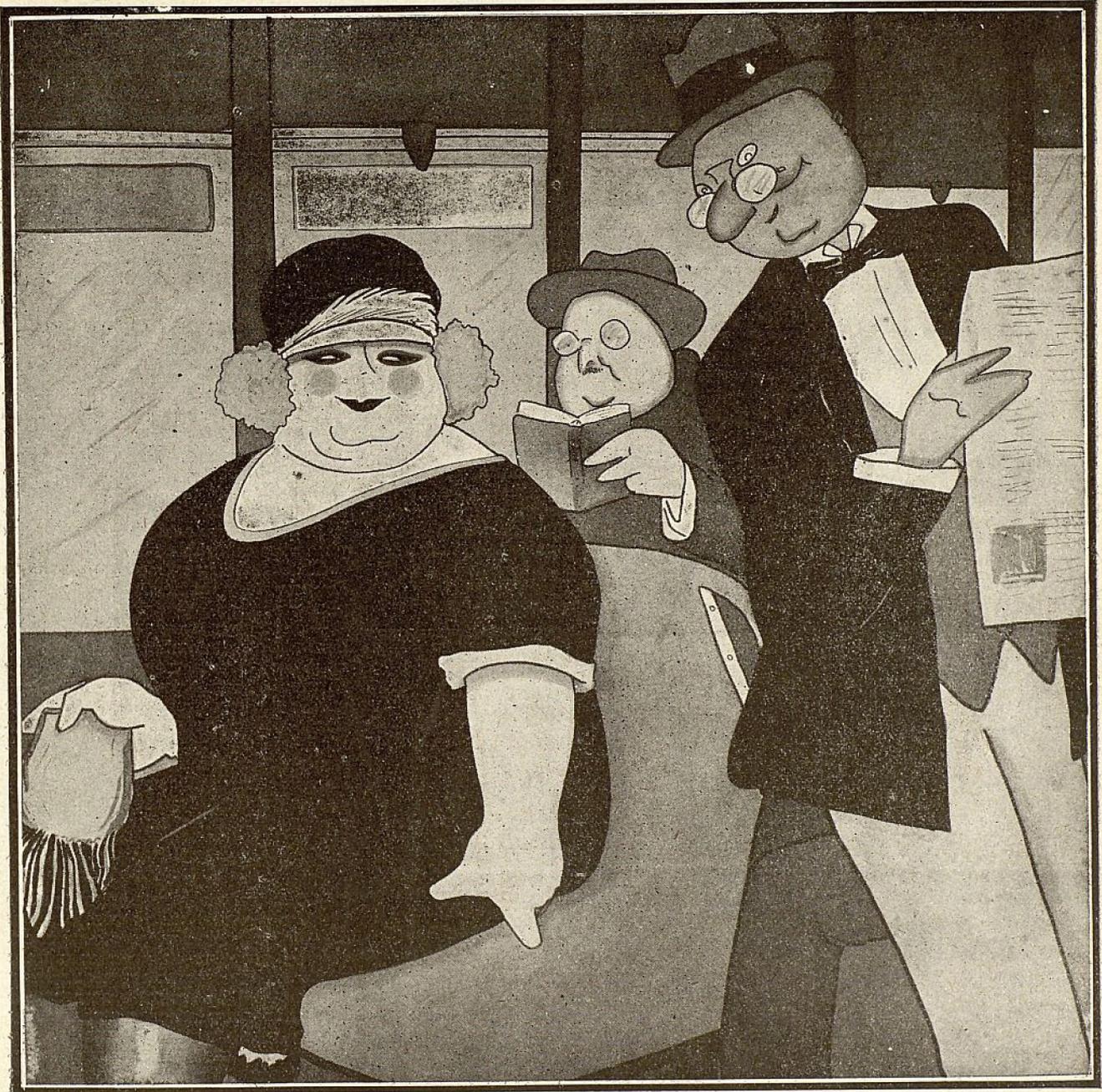
EL FIJODALGO

No lleva pluma airosa en el chapeo, ni espada, ni coleteo acuchillado. Ni en Flandes peleó como soldado, ni en la paz quebró cañas en torneo.

Ya no rige un corcel ni en el paseo, pues siempre va en el auto arrellanado, y en la vida le tiene sin cuidado todo lo que no atañe a su recreo.

Luce el *frac*, el *smoking* o el *chaquet*, con una remilgada distinción; corteja a las estrellas del *couplet*; baila *fox-trots* con rara perfección en el Palace, el Ritz o el *cabaret* y es un as en el tiro de pichón.

CARLOS LUIS DE CUENCA



Dib. SAMÁ.—Madrid.

EN EL TRANVIA

—Pero, caballero, ¿no tiene usted para sentarse?

—¡Sí, señora, que tengo..., pero no me cabe!

EL "CANGREJO"

¡Singular espectáculo el de esos tranvías abarrotados de público en las actitudes y las posturas más absurdas! ¡Admirable valor el de esos hombres, arracimados sobre los estribos y a punto de perder la vida! También yo, por desgracia, he estado pendiente mucho tiempo de esos temibles vehículos, he padecido con la preocupación aguda de su tiranía. Mas he logrado, al fin, liberarme. Veréis porqué.

Pero, antes, os ruego absoluta reserva de esta confidencia. Hay aún mucha gente que ignora este secreto y podrían aprovecharse...

Un día, mediada la tarde, decidí marchar a casa. Todas mis obligaciones estaban cumplidas. No tenía prisa. Y, en vez de esperar un 5 en la Puerta del Sol, me dirigí despacio, poco a poco, Carrera de San Jerónimo arriba. La tarde era dulce y dorada. Los automóviles, al resbalar sobre el recién regado asfalto, calzábanse neumáticos de charol. Bellas y elegantes mujeres pasaban junto a mí, dejando una suave estela de perfume. Así, lentamente, gozando del grato espectáculo circundante, llegué a la calle de Nicolás María Rivero. En aquel momento, rojo de la

carrera, se detuvo un «cangrejo». Subí a él. Tiró el cobrador de la correita, sonó el timbre y echamos a andar.

Considero necesario hacer una advertencia previa. No es extraño que vosotros, obsesionados a diario por cuestiones personales y minúsculas, no hayáis reparado en ello. Se necesita el don analítico, el profundo espíritu observador de que yo estoy dotado, para llegar a este descubrimiento. Fijaos bien. El tranvía ostenta un número; pero el «cangrejo» lleva una letra. El tranvía es la línea recta, premeditada y antipática; el «cangrejo» es la línea curva, ondulante y graciosa. ¿No advináis? El primero tiene un camino trazado, rígido e invariable; de Bombilla a Hipódromo, de Hipódromo a Bombilla. En cambio, el segundo...

Echamos a andar, como os contaba. Al principio no pude notar nada extraordinario. Únicamente la ventaja de ir cómodo en la plataforma, sin sufrir apreturas ni pisotones. Un señor de aspecto apacible iba en el interior del coche, sentado en un rincón. Miraba por la ventanilla y parecía muy interesado con el espectáculo de la calle. Y nadie más.

Ya habíamos entrado en Barquillo, cuando el desconocido viajero hizo un gesto de viva contrariedad. Alzóse de su asiento, y, al apearse, dijo al cobrador:

—Voy ahí, al limpia-botas.

—Pero...

—Es un momento. Cinco minutos. Vuelva ahora a recogerme.

—Bien, bien.

—No tarde, ¿eh?... Aquí le espero.

Inclinó el cuerpo hacia delante, como un *jockey* en plena carrera, describió luego un amplio semicírculo en torno al estribo, apartóse bruscamente del vehículo, y cayó rígido, enhiesto, vertical, sobre el suelo.

—¡Magnífico salto!—advertí.

El empleado respondió sonriente;

—No es extraño, señor. Lleva ya muchos años haciéndolo. Tiene esa manía.

—¡Extraordinaria manía!—ponderé.

Y, para obligarle a hablar, le ofrecí un cigarrillo marca «Gener», de los que reservo para casos excepcionales, y que aceptó complacido.

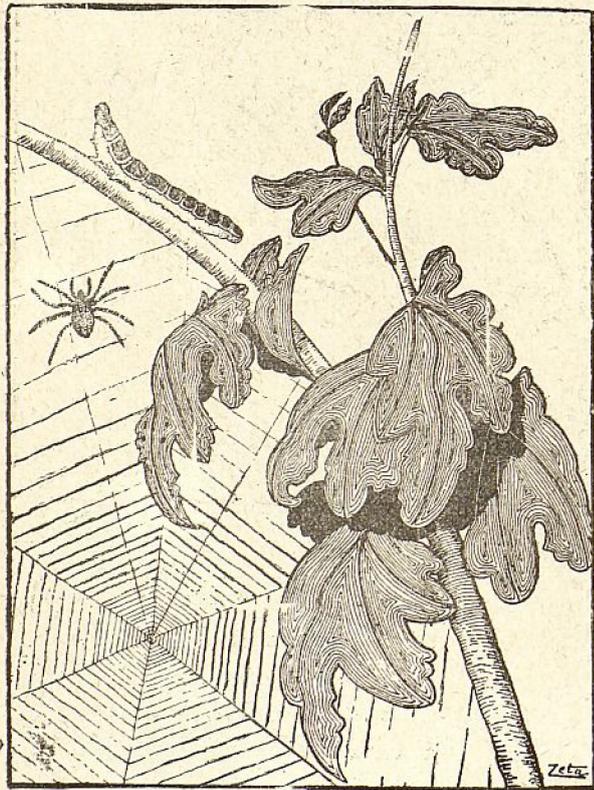
—Se ven cosas verdaderamente raras—afirmó, mientras exhalaba una inmensa bocanada de humo—. Lo que pasa es que uno está ya acostumbrado y no se asombra de nada.

Calló unos segundos, para chupar de nuevo con ansia el cigarro, y explicó:

—Cuando yo entré a prestar servicio, hará unos quince años, ese caballero aún no se atrevía a tirarse en marcha. Ni mucho menos, subir. Era preciso, para ello, detener el coche. Un fastidio. Recuerdo que le causaba una cólera terrible la sospecha de que no quisiéramos parar—como sabe usted que solemos hacer con frecuencia—, a pesar de sus repetidas indicaciones. El pobre no era entonces capaz de tomarlo por asalto.

Observando mi interés por su relato, prosiguió:

—Hay gentes que no han podido comprender todavía lo molesto que resulta parar a cada momento un coche. Cuando un coche se pone en marcha, no se le debe detener hasta que llegue a su destino. Sobre todo, es necesario ir aquí, encerrado horas y horas, para saborear por completo la satisfacción que se experimenta al dejar en tierra a una persona. El futuro viajero ve acercarse el tranvía desde el islote de la parada. A una distancia de veinte o veinticinco metros comienza a hacer enérgicos ademanes. Uno piensa entonces: «Este hombre, ¿por qué quiere que yo pare? Debe tener mucha prisa. Quizá precise resolver un negocio urgente, o acaso le espere anhelante la dulzura de un amor, o la tristeza de un hijo enfermo.» Uno piensa eso, y crea usted que es grato disminuir la velocidad un poco, darle la impresión de que va uno a pararse, y, en el instante en



Dib. ZETA.
Madrid.

EL GUSANO — ¡Qué vida más arrastrada!
LA ARAÑA. — ¿Pues y la mía? ¡Siempre pendiente de un hilo!

qué se prepare para subir al estribo, arrancar súbitamente y dejarle chasqueado. Es una sensación deliciosa, se lo aseguro.

—Y ese señor...

—Aprendió a ser ágil y valeroso, para librarse de nuestras burlas. ¡Si todos hicieran lo mismo! Bien es verdad que su entrenamiento le ha costado largos años y sufrir múltiples caídas. Yo le he visto más de una vez camino del Hospital, víctima de su torpeza. A mi compañero y a mí llegó a inspirarnos lástima. Le guardábamos ya ciertas consideraciones... Gracias a eso ha conseguido perfeccionarse, y sube y baja del coche por los más increíbles procedimientos.

Deciendo esto, vi asomar de pronto por una ventanilla la cabeza del caballero en cuestión, seguida de su cuerpo largo y delgado. Como el «cangrejo» no había cesado de andar, miré intrigado hacia fuera y descubrí con asombro que estábamos aún en la calle del Barquillo. Hicelo presente al cobrador, quien me contestó con una rara indiferencia:

—Sí, ya habíamos salido de Barquillo; pero hemos vuelto por otro sitio para recoger a este viajero.

—¿Es posible?

—¡Oh! No lo dude. Nosotros vamos por todas partes.

—Por donde yo vivo...

—¿Dónde vive el señor?

—Arenal, 7.

—También.

Sonrei. Si la calle del Arenal tiene un encanto, es precisamente ése, el de que por ella no pasan tranvías. Sospechando la hipérbole del empleado, me dispuse a ir hasta las cercanías de Sol. Desde allí, en cuatro pasos, estaba en mi casa.

Y, en efecto. Con asombro observé que el «cangrejo» adquiría una velocidad impropia de su nombre. Cruzamos vertiginosamente calles y plazas, en un viaje de locura. Pronto empecé a desorientarme y a dejarme invadir por un súbito temor. Tan pronto creía hallarme en la Guindalera como en Rosales. Hubo un momento en que imaginé estar dentro del Retiro, junto al estanque. Por fin, desmayadamente, supliqué:

—¡Por lo que más quiera! ¡Vamos al centro!

Cerré los ojos, para evitar el mareo. Cuando el «cangrejo» hubo parado, los abrí de nuevo. ¡Habíase detenido ante mi propia casa! El viajero misterioso ya no estaba. Entonces, impelido por el miedo, salté a tierra. Desde la plataforma, satisfecho por mi estupor, el empleado me confió estas palabras:

—Ya ve cómo era verdad. Váyase tranquilo a casa. Nosotros vamos ahora allá arriba, a la sierra...

Debí poner una cara realmente cómica. Pero él aclaró:

—Mi compañero, que tiene una hija

enferma, en un Sanatorio... Todas las noches le gusta, antes de recogernos, pasar por allí a darle un beso. Tiene ese deseo, el pobre... Qué va uno a hacer... Vaya adiós...

Y, atónito, vi al «cangrejo hundirse en la obscuridad de la noche, camino del Guadarrama...

PEDRO GARCÍA VALDÉS



—¿Sabe usted nadar?

—No, señorita...

—Pues le daré a usted calabazas...

Dib. Guaso.—Madrid.

CONSEJOS VERANIEGOS

En vista de que el calor aprieta de firme ya, unos prudentes consejos voy a permitirme dar.

Desde luego, amigos míos, no tenéis necesidad de forzar el presupuesto yéndoos a San Sebastián, porque en Madrid hallaréis cuanto buscaréis allá: *la Concha*, en cualquier teatro; *la Montaña...* por Ferraz; la costa, en la Costa-nilla de los Angeles (verdad que el trasladaros a ella a poca costa será); creeréis andar por la playa si pasáis por *Arenal*; y respecto al mar, estando fan a mano como está nada menos que... *el Pacífico* no puede pedirse más.

Si aun así sentís calor y lo queréis mitigar, hay cien medios expeditos que os lo facilitarán.

Los que sois aficionados a la lectura, hojead una reseña biográfica, *la Vida de Isaac Peral* por ejemplo, y notaréis inefable bienestar porque *la Vida es un soplo*, y el soplo os refrescará.

Los que sean filarmónicos otro medio encontrarán, muy sencillo, recordando que la escala musical

tiene notas productoras de calor y frialdad: la de calor, es el sol (¡lo habíais previsto ya!); y la de mayor frescura la nota *re*, que hasta tal extremo a veces se enfría que yerta llega a quedar: ¿quién no ha visto una *re-yerta...* muy *destemplada* quizá?

El tener en casa baño, es el recurso ideal; pero si habéis de adquirirlo, cautamente procurad no comprárselo a ninguna María, para evitar que en el *baño de María* os sumerjáis como un flan: al usarlo, deberéis cuidar mucho de tomar cada día un baño sólo, porque si tomárais más el segundo, en vez de baño, *re-baño* os resultará.

Si seguís estos consejos que esbozados aquí van, ¡ya estáis frescos!... Quien lo dude pruebe, y se convencerá.

Mas si no los atendéis no lo habré de lamentar, porque ello demostraría con patente claridad que estoy predicando *en balde*, ¡y es buen púlpito estival!

MIGUEL-A. CALVO ROSELLÓ



Dib. ELÍAS.—Gijón.

—Ya haz mes y pico que non llueve.
—¡Y lo peor ye que el cura nuevu non quier facer nogativas hasta que non cepa andar con madreñas!...

NUESTROS CRONISTAS

(Intento de remedo.)

W. F. FLOREZ

Título: "¡Me han robado el reloj!"

Ha entrado un ladrón. Debiera haber pedido permiso. Yo se lo hubiera dado gustoso.

El hombre paréceme un tanto preocupado. Es natural, es lógico, y esto le hace menos censurable a mi consideración, porque se me manifiesta más leal, más simpático, con su miedo, que ese otro señor que viene a mí, sonriente, tranquilo, a darme un sablazo y al que aún yo debo contestar amablemente encima. Y este ladrón, que no viene a sablearme, sino a robarme noblemente, hace mal en tener miedo. Debiera perder su miedo ante el mío...

—Usted viene a robar—dígame.

—No, señor—me objeto.

—Sí, señor; usted viene a robar.

—Sí, señor.

—Y parece usted muy preocupado.

—Es natural.

—Pues yo le prohíbo que ande usted preocupado en mi casa.

—Muchas gracias. Tiene usted buen humor.

—No, señor; tengo mal humor, porque viene usted a robarme.

—Caballero: por atención a su cortesía, le robaré lo menos posible.

—¿Se contentará usted con este reloj?

—No vale mucho; pero es recuerdo de familia.

—Bien, gracias.

—Servidor de usted.

—Suyo afectísimo.

El ladrón se va. Yo le acompaño hasta la puerta. Me he evitado un suceso en la Prensa. Pero estoy de mal temple. Hasta en su casa halla uno molestias. ¿No podía este caballero haberme robado el mismo reloj en el tranvía?

E. RAMÍREZ ANGEL

Título: "El hombre que mira a la alcantarilla"

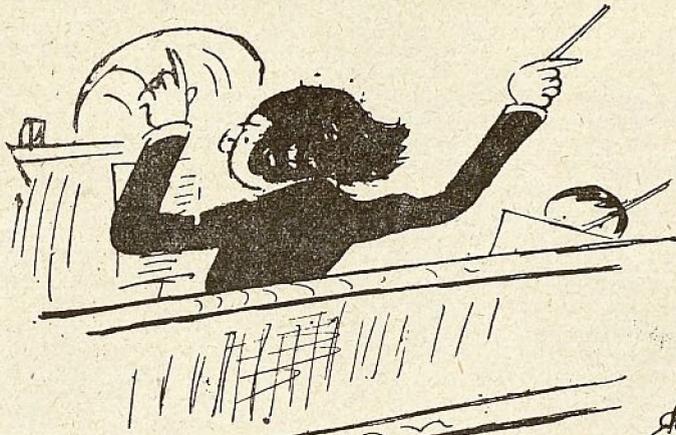
He aquí que nuestra distraída atención ha pasado repetidísimas veces sin fijarse en un tipo extraño: este hombre que, taciturno, mira a la alcantarilla. Este hombre de mirada fija, de ojos abismados, permanecería indiferente al más estrepitoso ruido. Siempre rígido, atento, pensativo, quizá maquina algo grave, algo que pudiera ser motivo de alarma. Si no, ¿por qué mira este hombre a la alcantarilla?

Pasan dos horas, tres, cuatro. Este hombre permanece en la misma actitud. Al fin vemos que se inclina, mira más detenidamente y, con un gesto de desprecio, exclama para sí:

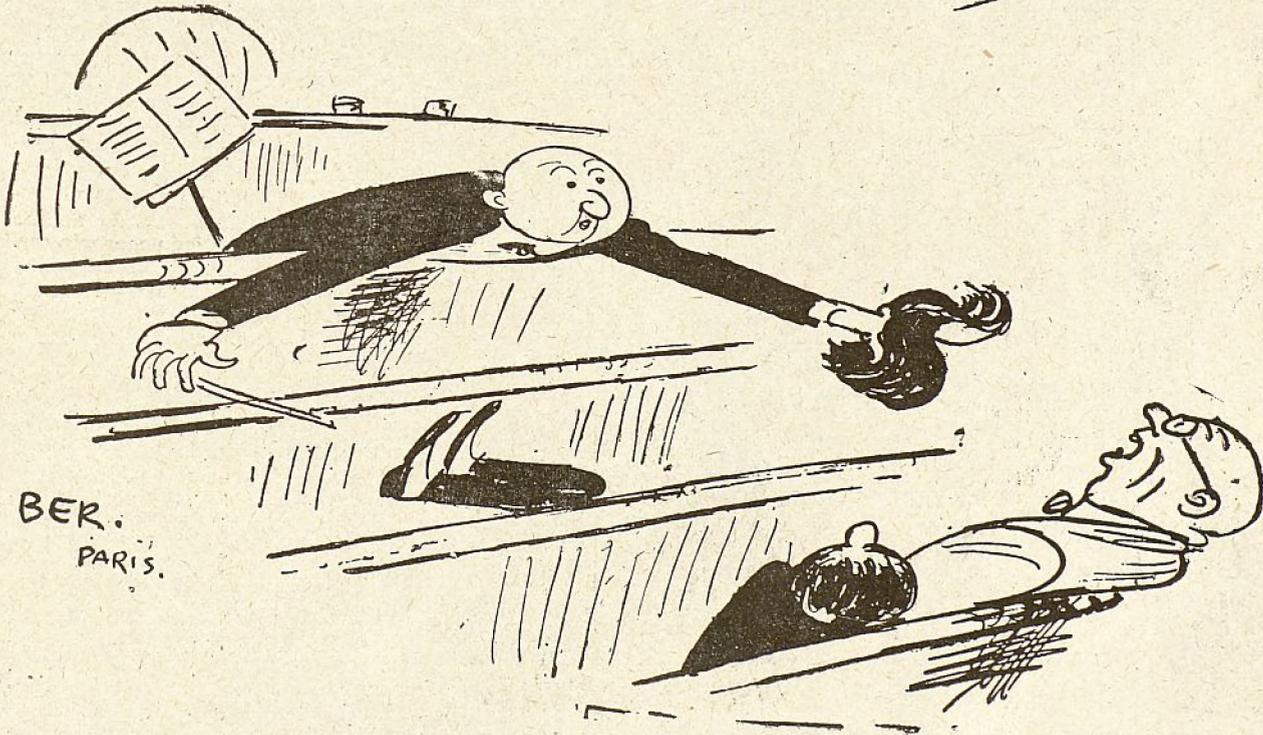
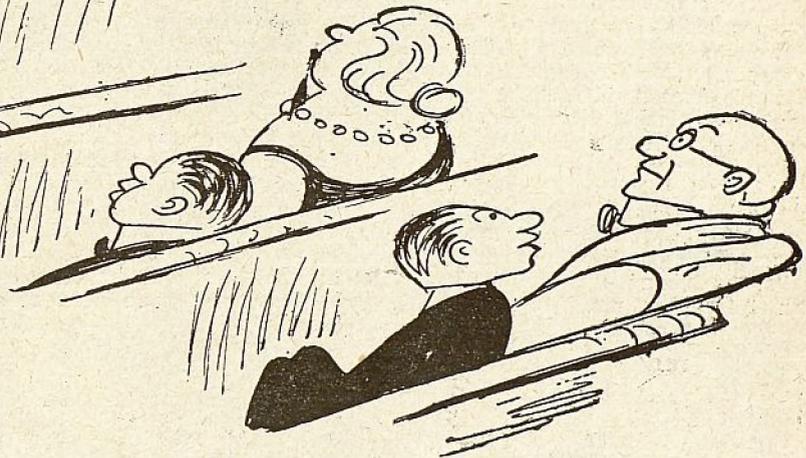
—¡Bah! Lo único que siento es que era de ámbar...

El parodista,

VICENTE SORIANO



EL YANQUI CALVO. — ¡Oh! Yo daría doscientos dólares por tener una cabellera tan espléndida como la del director de orquesta...



BER.
PARIS.

EL DIRECTOR DE ORQUESTA — ¡Pues téngala usted, señor!

Dib. BERGSTROM.—París,

No organice usted

Una erudita experiencia de organizador y de organizado nos impulsa a aconsejárselo. No sea usted chiquillo: no se meta a organizar nada. Atravesamos una aciaga época de banquetes y de desorganizaciones...

Tan deleznablemente flaca es nuestra naturaleza moral, que el más abnegado organizador resulta casi siempre una sombra cuando triunfa y un delincuente cuando fracasa.

En los homenajes espontáneos—que son los que más preparación necesitan—, los ágapes, por ejemplo, hacia la mitad de la comida ya se advierten síntomas de la triste realidad. Muchos comensales encuentran que los langostinos, además de ser exigüos, no ostentan el sabroso rubor de actualidad que el acto y el coste del cubierto imponen con simultáneo imperio. Las copas inician un tintineo de protesta iracunda. ¡A ver! ¿Quién ha organizado aquellos mariscos indeseables? Antes la mantequilla, de lividez poco cantábrica, había, asimismo, empezado a exaltar los ánimos, y la aceituna sevillana, tan fragante, fué rechazada

como indigna de una admiración a tres duros tarjeta. Apartir de entonces, el regodeo gastronómico se frustra y la gloria del banqueteado oscila, amenazando desastroso derrumbamiento. El pollo asado viene a agravar la situación. Este pollo, de la época en que el actor Emilio Mario lo sacó a escena por primera vez en *El amigo Fritz*, sometiendo a ruda prueba las mandíbulas de los festejadores, proyecta sobre el agasajado toda la delincuencia del cocinero. El pollo aquel es abominable, y la persona a quien se festeja, un besugo. Entre la cocina y la fama se tiende una espantosa confusión. Los comensales arrojan sobre la Comisión organizadora miradas fulminantes. El agasajado siente que una inopinada fatalidad, servida con lechuga, quebranta su crédito. Por añadidura, el profesional del descontento, que no deja nunca de asistir a los banquetes, profiere agrios comentarios en voz demasiado perceptible; y sus compañeros de mesa, ya desmoralizados, le aplauden y azuzan. De manera que, al llegar la lectura de las adhesiones, la catástrofe sobreviene. ¡Pobre camarada que se apellide Mantecón o Cogolludo! Está perdido. ¡Ay del que haya hecho literatura en su

epístola! El eructo, aliado con el aullido, caerán sobre él, sin misericordia. Los banquetes-homenajes vienen demostrando que no hay peor escuela de costumbres que la sobremesa.

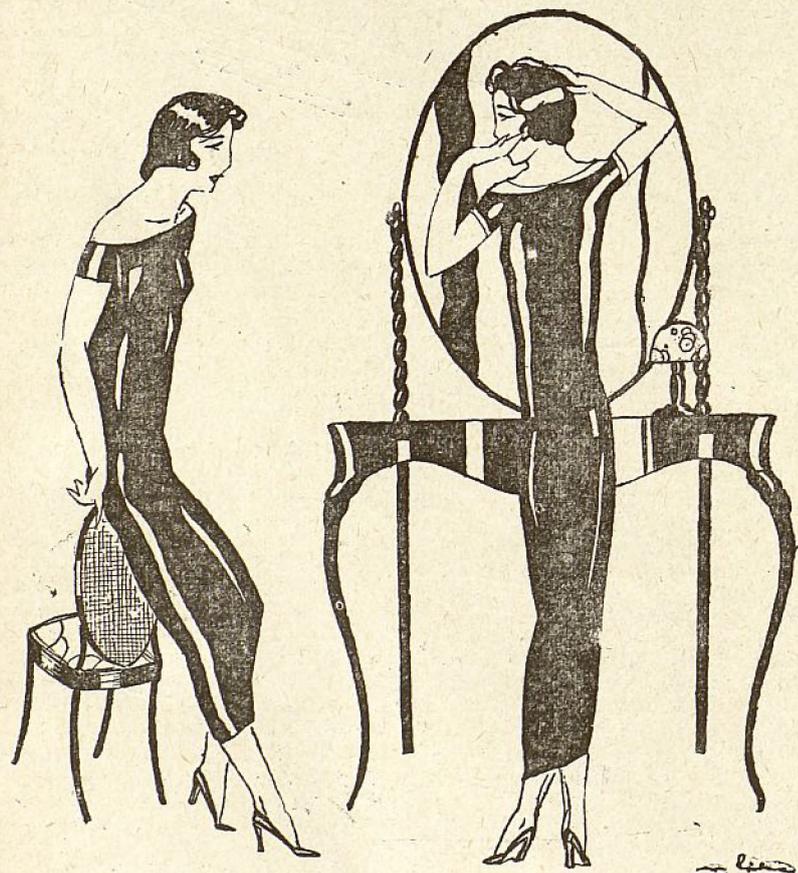
Muchas veces, a los dos o tres años de celebrada la cosa, todavía el comensal se encuentra al organizador, y atraviesa la calle para decirle: «¡No le perdono a usted aquella lubina indecente!»

Si el banquete resulta tolerable, y los panecillos alcanzan un volumen decoroso, y los oradores se moderan, nadie, entonces, se acuerda del organizador. El homenajeado mismo, desvanecido, lo olvida también. Si asistió mucha gente, al imán de sus simpatías lo atribuye. Si no va nadie, toda la culpabilidad recae sobre el benemérito compañero que discutió con el fondista y redactó la circular y fisionó en la cocina cuidando de que las judías verdes fueran lo más verdosas posibles y de que el café no supiera con exceso a bellota.

Sin embargo, ¿no sería muy lisonjero leer en la Prensa noticias como ésta?: «Terminado el acto, se produjo entre la concurrencia un incidente que fué adquiriendo proporciones de tumulto y acabó por requerir la presencia de la autoridad. La confusión era espantosa, y sólo al cabo de mucho tiempo pudo restablecerse la calma. Al fin se averiguó lo sucedido. Según nuestros informes, la concurrencia, excitadísima, pretendía rendir un testimonio de reconocimiento a la Comisión organizadora, porque el vino de la Rioja era riojano y el pavo trufado tenía diversas trufas; acto de deferencia que la aludida Comisión negábase, terminantemente, a admitir, declinando en el gerente del hotel la responsabilidad de lo acaecido. Los comensales, empero, arreciaron en su actitud de franca rebeldía y fué necesario realizar varias detenciones. Con honda amargura hemos de consignar que algunos de los agradecidos más significados hubieron de comparecer ante el señor juez de guardia para justificar su incomprensible conducta. El asunto, aunque se tramita con gran reserva, promete dar mucho juego, porque el hotel a que nos referimos es de los más merecidamente acreditados, y el *menú*, según rumores que hemos recogido en el lugar del suceso, contenía promesas temerarias que la Comisión organizadora cuidó, a todo trance, de hacer efectivas.»

Compadezcamos a esos amigos nuestros que tienen negra una cuenca orbitaria o pasean por la calle de Alcalá con una pata de palo. El vulgo, siempre sencillo, imagina que proceden de Marruecos y los contempla conmovidamente. Sólo nosotros, los que frecuentamos el mundo de las celebridades, sabemos quiénes son y porqué están así.

E. RAMÍREZ ANGEI



Dib. ULICA.—Madrid.

—Anoche estuve bailando con un golondrino.
—¡Ay! ¡A mí no me han presentado a ese muchacho!...

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL TRAJE NUEVO

Un traje nuevo es algo que nos infunde una nueva vida, que nos rehace cuando ya las rodilleras del pantalón han llegado a hacer rodilleras en nuestro espíritu y cuando ya no nos importa rozarnos con todo y colgar, al sentarnos, una pierna encima de la otra, porque sabemos que nuestro traje viejo brilla demasiado y no hay porqué andarse con miramientos.

Un traje nuevo nos redime, nos vuelve a formar, cuando ya la otra ropa nos estaba holgada, y nos aprieta con sus costuras recientes y la firantez de la tela salvaje.

Hay que pasar, sí, por ese momento doloroso en que nos colocan una americana llena de hilachos, apenas cosida, y sobre la que dibuja el sastre con su jaboncillo. Nos cuelan el brazo por una manga, que se nos antoja más un tubo por estar suelta de la americana y que entra como una funda en un paraguas. Con todo aquello puesto, el sastre nos observa silenciosamente y, de pronto, a firones, deshace todo lo que había hecho y descose todas las costuras.

Inútil será objetarle. El sastre nunca nos dejará opinar. Le diremos que nos aprieta una sisa y él es capaz de convencernos de que no, sin dar lugar a discusiones. El ya sabe lo que hace.

Pero cuando ya el traje está acaba-

do, ¡qué sensaciones nuevas nos produce!

Nos parece que todo cambia, que el cielo es más azul, los árboles más verdes y las mujeres más hermosas. Nos sentimos infundidos de un nuevo vigor. El traje usado nos desmoralizaba en absoluto.

Vale la pena de pensar que para contener a los pueblos y evitar los desmanes de una revolución desarrapada, los Gobiernos deben velar, sino porque todos los ciudadanos coman, por lo menos que cada ciudadano tenga siempre un traje nuevo.

Con un traje nuevo nadie es capaz de salirse de su sitio, porque sabe perfectamente que cualquier movimiento es ya una arruga. Con un traje nuevo todos somos comedidos, cautos. Vamos, erguidos, para que las costuras nos caigan bien.

Nunca se sabe a lo que puede conducir un traje viejo. Bien que con uno nuevo nunca seremos capaces de ningún heroísmo: ni nos arrojaríamos al agua para salvar al que se ahoga, ni nos meteremos en el incendio para librar de las llamas a los que piden auxilio, ni nos sentiremos capaces de ninguna acción gloriosa. Habrá una voz que nos grite que nuestro deber es arrostrarlo todo y acudir al salvamento, pero nuestro traje nuevo gemirá, ni

querrá estropearse en medio de los desastres.

No se puede esperar, ya digo, el heroísmo por parte de los trajes nuevos, pero tampoco hay nada malo que temer de ellos. Casi todos los más horrendos crímenes sólo se deben a los trajes viejos, que son los que se lo juegan todo sin escrúpulo.

Por eso digo que los trajes nuevos deben librarnos de las revoluciones. Vistamos de nuevo a la Humanidad y la Humanidad habrá triunfado sobre sí misma y se conducirá como en un salón de baile.

Y se explica. Pongámonos a ver quiénes pueden ser revolucionarios: los obreros. Naturalmente, la gente que no viste de nuevo. Igual les da insurreccionarse, que asaltar, que incendiar.

Un cargador de muelle puede hacer cuantas atrocidades quiera, porque tiene la conciencia de llevar un traje viejo y remendado. ¿Qué puede perder con que las cosas cambien? ¿Seguirá él peor de lo que está? No.

Entonces, cojamos al cargador de muelle y llevémosle a que elija un traje de americana en casa de un sastre presentable. Veremos qué cambio favorable se verifica en él. Será correcto, afectuoso, y sus modales mucho menos bruscos.

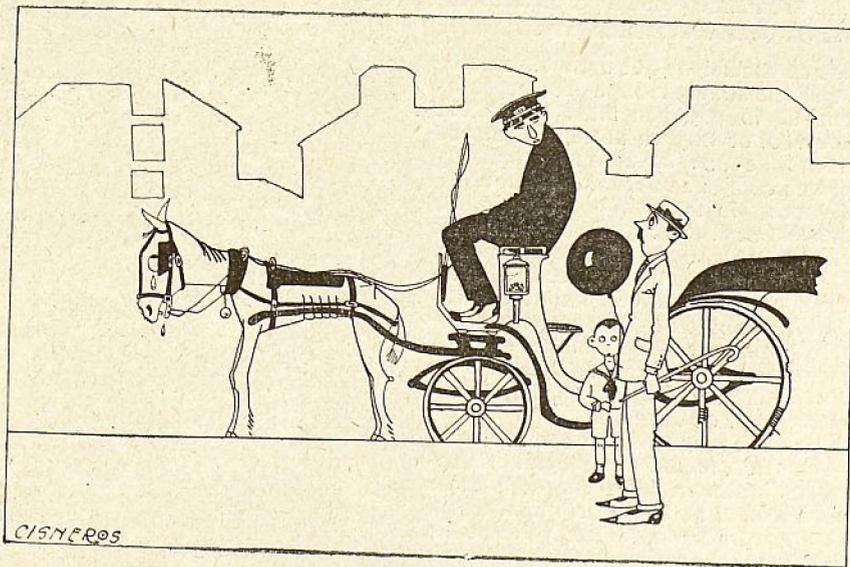
Ya en la calle, con un traje flamante, podrá acercarse el agitador de las masas y decirle:

—Es la hora de la liberación. El pueblo espera nuestro grito. Las clases trabajadoras deben conquistar el mundo. Coge un arma y únete a los tuyos, a la lucha social. Derriba las aristocracias, las teocracias y las plutocracias. Incendia, arrasa, destruye... Es tu hora...

El cargador de muelle mirará al agitador de las masas, se estirará la americana y metiéndose dos dedos por las sisas del chaleco, contestará:

—Sí... ¡Yo bien quisiera! Hace tiempo que he acariciado este ideal, que he esperado a que esta hora sonase, pero... Vea usted: mi traje es muy nuevo. Si me mezclo con las turbas, me voy a manchar. Después me arrugarán, me arrancarán los botones y acabarán haciéndome muchos sietes y quemaduras por todas partes. Abomino de la lucha. Usted, discúlpeme. No cuente conmigo. Voy a dar un paseo por Recoletos...

Y el problema del socialismo se habrá convertido en una cuestión de sastreía.



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¡Le advierto que si sube el niño con el globito aterrizamos en la Ciudad Lineal!...

José LÓPEZ RUBIO

GUIA DEL VERANEANTE

Lista de playas, balnearios, localidades montañosas y pueblos sanos y pintorescos que recomienda BUEN HUMOR a sus lectores :-:

Distinguidos caballeros y señoras (o viceversa, que es más fino) que acabáis de posar vuestros hermosos y rasgados ojos en esta página:

Hora es ya de que el veraneo deje de ser para todos vosotros, ¡oh, ilustres y candidas víctimas de los errores de vuestros padres!, una incauta reiteración de las vulgaridades de todos los años. Con verdadera pena, con lancinante lástima, con un dolor agudo y grave (y a veces circunflejo), os vemos salir o nos enteramos de que salís, a cada nuevo verano que se presenta, con dirección a los mismos puntos en los que estuvisteis el año pasado, y el más pasado, y el pasadísimo, y el otro, y el otro, etc., etc., ¡y así hasta veinte años, o veintiuno, o quizás veintidós, o tal vez veintitrés, o puede que más, que no es cosa de precisar ahora los que son, aunque desde luego son ya demasiados para que estimemos llegado el momento de poner coto a esa demencia!

¿No habéis pensado nunca que es una solemne rutina, una inocente pesadez, ir siempre a San Sebastián, Santander, Cestona, Trouville, Biarritz, Ostende, Cercedilla y Pozuelo? ¡Pues lo es!... El veraneo en esos lugares, y en otros de la misma fama,

popularidad y estrépito, no es ya veraneo ni es *na*. El mar en San Sebastián está ya demasiado sucio, a fuerza de bañarse en él la gente, para que la inmersión en sus ondas pueda resultar higiénica, terapéutica y útil, y el aire de Cercedilla lo han respirado tal número de esclarecidos ciudadanos que ya no quedan más que unas sobras sin importancia, indignas de que las aspiren pulmones elegantes y de los otros. No hablemos de las aguas de Cestona y de las de Sobrón y de las de Mondariz, que son las mismas que se vienen bebiendo los parroquianos desde fecha inmemorial, porque crean ustedes que, si no fueran las mismas, se habrían secado ya los caños y arruinado los negocios, pues ya dijo Galeno que no hay agua mineral que cien años dure; y como modernamente han dicho varias eminencias que no debe autorizarse la fabricación artificial de ninguna clase de agua, díganme ustedes qué porvenir les espera a los balnearios si se prohíbe hacer aguas de modo tan terminante.

Consecuencia de todas estas amargas reflexiones es esta *Guía del veraneante* que somete BUEN HUMOR al aprecio de sus lectores. Como en esta casa sabemos tantísimas cosas, he-

mos averiguado que hay una porción de sitios, desconocidos por los veraneantes de profesión, en los que el veraneo resulta un poema, una felicidad fantástica, un encanto transiberiano, una hermosura con incrustaciones de nácar, ¡el delirio con colofón!, ¡la caraba, unidad por la mitad seguida de ceros!...

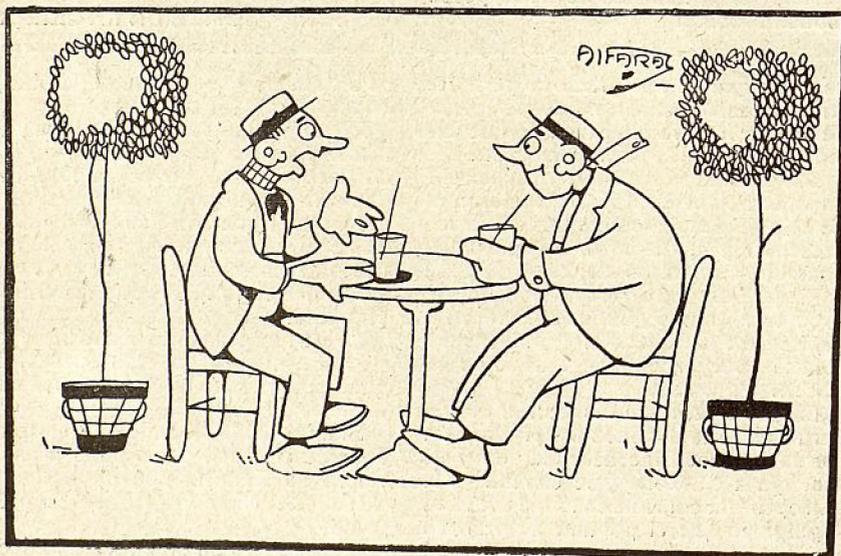
Los puntos que vamos a recomendar a nuestros cariñosos clientes, tanto los españoles como los extranjeros, pueden competir en belleza, en frescura, en higiene y en sanidad militar con las famosas playas, balnearios y pueblos de Sierra antes aludidos. La baratura de sus hoteles, la rapidez de los medios de comunicación y la civilización de sus habitantes nada dejar que desear. En ellos hay de todo: frutas y verduras, carnes y pescados, aguas y vinos, carros y carretas, justicias y ladrones, lo que ustedes pueden ambicionar para pasar dos meses en plena diversión y en estentórea juerga.

He aquí los más importantes, los que con más empeño y eficacia queremos recomendar a nuestro adorado público.

MIÑAMBRES DE ROA.—Playa gallega del Cantábrico, con novecientos habitantes. Dista cien kilómetros de El Ferrol, desde cuya estación hay que hacer el viaje, o bien a pie o bien en brazos de un gallego cariñoso que por dos pesetas es capaz de cargar con una familia entera, con excepción de las suegras por las que cobra diez reales, lo cual es baratísimo, pues hoy no hay quien cargue con una suegra por tan exiguo estipendio. También aumenta la tarifa para las personas obesas. Por un gordo cobra un duro, pero aun esto es de una economía que asombra, pues conformarse con cobrar cinco pesetas tocándole un gordo es una primada categórica.

El pueblo es encantador y posee una antigua ermita de un valor histórico incalculable. En ella se venera una imagen de la Virgen del Carmen. En el siglo pasado iban a Miñambres de Roa infinidad de turistas, sólo por la ermita, pero hace ya cuarenta años que no van ni por la Virgen.

EZCURRABEITIA.—Pintoresco pueblito, también marítimo, de la provincia de Guipúzcoa. Así como Miñambres no tiene estación, este tiene cuatro estaciones: primavera, verano, otoño e invierno. En verano es delicioso. El mar es tan tranquilo que no le falta ni tanto así para encogerse de hombros, pase lo



Dib. ALFARAZ.—Madrid.

—¡Luis es un miserable!
—¿Qué te ha hecho?
—¡El amor a mi mujer!... Ayer quedaron en fugarse y el muy canalla se arrepintió y no acudió a la cita.

que pase. La leche de sus vacas es superiorísima, aunque, debido al aislamiento del pueblo, en cuanto ve a un forastero se corta.

Los vecinos de la localidad son afables con el viajero, pues no se sabe de ninguno a quien al apearse del coche le hayan pegado un puñetazo. Generalmente, esto lo han hecho al otro día por la mañana.

En sus aguas se pesca la sardina, el mero, el gallo y la landa. Esto lo sabemos por los periódicos de la capital, porque en el pueblo es inútil preguntarlo: nadie sabe lo que se pesca.

CHIFFON-SUR-MER.—Playa francesa, a cuarenta kilómetros de Burdeos y a nueve mil ídem de Tokio, desde cuyos dos puntos se puede ir, aunque recomendamos el primero por resultar el viaje un poco más económico. Es famosa por sus fantásticas puestas de sol, de una hermosura imponente, que pueden contemplarse desde la terraza del Kursaal, si bien advirtiendo que cada puesta les cuesta a ustedes ocho pesetas. También son notables y dignas de ver las salidas del mismo astro, y anotemos el curioso detalle de que aquí no sale el sol con dinero de La Papelera Española.

En sus inmediaciones hay un precioso barrio formado por veintitantas quintas de recreo. El magnífico paseo de álamos que conduce a él, está libre de quintas y es el punto preferido por los amigos de la soledad, aunque hay quien agrega que también por los amigos de la Juana, de la Luisa, de la Enriqueta, etc., etc.

ESTOMAGOLOSA.—Establecimiento termal, situado en la provincia de Badajoz. El viaje es un poco penoso: en ferrocarril hasta Mérida, veinte kilómetros en autobús, doce kilómetros en carruaje de cuatro ruedas, diez en tartana y tres sobre un burro.

Sus aguas son estupendas para la curación de los granos malignos, pero teniendo en cuenta la clase de viaje que hay que hacer, hay quien sale de Madrid en un puro grano, pero al llegar a Estomagolosa en vez de ir en grano va completamente molido.

Hoteles baratísimos. Doce pesetas hospedaje. Con lavabo, quince.

MAMOLAR DE LOS CONDES.—Pueblo encantador situado en la falda de una montaña y en las enaguas de otra. Pertenece a la Sierra de Córcholis, y está situado a cinco mil cuatrocientos kilómetros sobre el nivel del mar. Es tan sano que no tiene cementerio, y los pocos que tienen la suerte de morir se tienen que ir a pie al pueblo inmediato para que les hagan el señalado favor de enterrarlos. Sus productos comestibles son el cerdo y la cerda. Pollos no hay más que los hijos del al:alde, que son dos; y de otra clase de aves no se conoce más que el ave María. La temperatura es ideal. Aquí no se sabe que hayan subido nunca los termómetros,

principalmente porque no se venden. La prueba mejor de la dulzura del clima en invierno está en que los hombres van por la calle sin americana, aunque hay que hacer constar que es porque gastan blusa, ¡y gracias!

La gente es honradísima, hasta tal punto, que en la cárcel no hay más que ratas, pero no de esos que cogen los guardias en las aglomeraciones, sino de esos roedores de hocico afilado y rabo largo que injustamente llevan el mismo nombre.

SAN FELÚ DE TRESOLS PUCHALIGUERA. Playa de baños de la provincia de Gerona, a la que se va desde la estación de Recolons del Riu por medio de un tranvía de aire comprimido, y también en carruaje, pero esto último no lo recomendamos porque los caballos no son de aire comprimido sino de todo

lo contrario, en virtud de los piensos que les obligan a tomar.

La playa en sí (y en fa) es maravillosa. Diez metros mar adentro hay una gran peña a la que los niños van a jugar con las nurses y a impregnarse del santísimo yodo del Mediterráneo. En el pueblo no hay Casino, pero nos parece que acabamos de decir que se puede jugar en la gran peña durante todo el día.

Los hoteles son muy baratos, pues San Felú de Tresols Puchaliguera aspira a tener en breve plazo una importante colonia veraniega. Y realmente está haciendo una falta enorme, porque como no haya colonia pronto, eso de los caballos que dijimos hace poco no va a haber manera de soportarlo.

ERNESTO POLO



Dib. BELLÓN.—Madrid.

DIFERENTES CLASES DE AGUAS

El hombre que se sacrifica

Hay seres que sólo parecen existir para servir de blanco a toda suerte de ataques y detracciones; seres condenados al suplicio del desprecio y del agravio; seres eternamente torturados, como Venus y Cefalo por la pérdida de Apolo y de Procris; Medea, por el repudio de Jason, y Evadne y Alceste, matándose por Capaneo y Admeto. El casero es uno de estos desdichadísimos seres. No conozco a una persona que hable bien de su casero; la aversión hacia estos individuos es general.

Ahora bien, ¿se procede con justicia? Ruego al que esto lea que recapacite, que analice, que piense en ello serenamente. Si así lo hace, estoy seguro de que contestará negando: No, no hay justicia al atacar tan terriblemente a los caseros. Yo, que escucho más que hablo, porque casi nunca tengo nada que decir, oigo los innumerables insultos que se dirigen a los caseros, y más de una vez, por ser un sentimental, se han llenado mis ojos de lágrimas. «Mi casero es un sinvergüenza», me dice todos los días un amigo u otro; y como me siento impotente para defender al humillado y desventurado ser, busco el rincón más escondido de mi casa para llorar la desgracia de esos pobres hombres que alquilan sus inmuebles con un incomprendido civismo.

Ha llegado el momento de defender al casero, de arrancarle de las garras del espantoso Ku-Klux-Klan del inquilino; ha llegado el momento de manifestar las bondades y los sacrificios del casero. Quizá perezca arrastrado por las calles; sé que me expongo a morir linchado; no me importa; por encima de la vida está el deber, y si muerdo lo haré con el estoicismo de un Sócrates, de un Viala, de un Robespierre, de un Rodrigo Calderón...

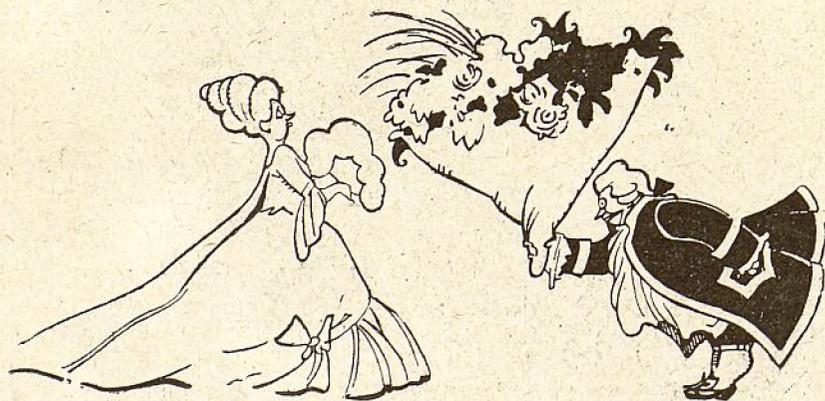
La abnegación del casero es congénita y muere con él. El casero, como su nombre lo indica, es el hombre que tiene una casa, por lo menos. Lo humano, que es decir lo mezquino, sería que ese hombre convirtiera su casa en un palacio donde vivir solo y a sus anchas; cualquiera de nosotros lo haría así, él, no. El se sacrifica, se instala en un cuarto reducido y da el resto de su finca a una serie de individuos que reciben el nombre de inquilinos. Lo permite todo: dormir, comer, trabajar, holgarse, y a cambio de ese sacrificio, ¿qué percibe? Nada, casi nada, unos papeluchos pintarrajeados llamados billetes de Banco. Pero muy pocos; los hay que piden al año seis o siete de estos billetes adornados con un no seguido de tres ceros; ¡loable insignificancia!

Y encima cuida del inquilino con un celo enternecedor. Así, le aconseja que no tenga niños para que trabaje sin ruidos infantiles; le prohíbe perros y gatos para evitarle mordeduras y arañazos; le tasa el agua para que no sufra de hidropesía; le corta el gas por la noche para que no muera asfixiado por un escape; hace que el ascensor no funcione para fortalecerle subiendo escaleras; no le limpia las chimeneas para ahorrarle la molestia del hollín; no le arregla los ladrillos rotos para que, debajo de ellos, guarde sus papeles importantes, etc., etc.

Los hay muy cultos e inteligentes que van más allá. Yo sé de un casero que quitó el tejado de la finca sin comunicárselo previamente a sus inquilinos.

Sin duda ese caballero, que comprendía la inutilidad de lo superfluo, ha llegado a lo que la edad contemporánea exige en todo, hasta en arte: la simplificación, la simplificación absoluta.

¿Qué falta hace el tejado en una casa?



MUY SIGLO XVIII

Dib. AREUGER.—Madrid.

- Baronesa: tienen la fragancia de sus mejillas...
—¡Pero marqués: si son flores artificiales!
—¡Pues, por eso, baronesa!

Si luce el sol, higienizará la vivienda; si el viento sopla, se airearán los inquilinos y los muebles, y para el caso de lluvia, todo el mundo tiene un paraguas.

Esta conducta simplista debe ser seguida por los demás caseros. Es preciso simplificarlo todo, incluso las casas. Suprímense las barandillas de los balcones, que obligan al suicida a encaramarse, produciéndole la consiguiente molestia; suprímase también el barandado de la escalera, que es vehículo de microbios; suprímense las chimeneas, que han producido muchísimas desgracias al caer a la calle.

Y puestos a suprimir, ¿por qué no suprimimos nosotros a los caseros?

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

EVOCACIONES CONSOLADORAS

¡Oh, brasero bienhechor!

¡Oh, chimenea ideal!

¡Oh, moderno sin rival

aparato de vapor

que utilidad reportáis al hombre en su madriguera y sois usados doquiera por el calor que prestáis!

¡Oh, ruso capote grueso que gozas dándome abrigo, prenda que alabo y bendigo, aunque me abruma tu peso!

¡Oh, alfombras gordas y blandas!

¡Oh, espléndidos cortinones, magníficos edredones y apetecidas bufandas!

¡Oh, piel de algún raro bicho o cuero de alguna fiera, que sois de mi compañera el más costoso capricho!

¡Oh, abrigo el que da el refajo!

¡Oh, bien cargadas hornillas!

¡Oh, misteriosas camillas con su brasero debajo!

¡Oh, sopas de ajo calientes!

¡Oh, ponches casi humeantes!

¡Oh, ardientes guisos picantes que hacéis sudar a las gentes!...

En medio de estos calores que hoy nos tienen macilentos, llenad por unos momentos la mente de mis lectores;

que imaginen que es verdad que hoy prestáis vuestro servicio y después de tal suplicio vuelvan a la realidad,

gocen del ventilador,

de la blusa descotada,

de la leche amerengada,

del botijo encantador,

del calado calcetín,

del buen baño fresco y rico,

del vaivén del abanico

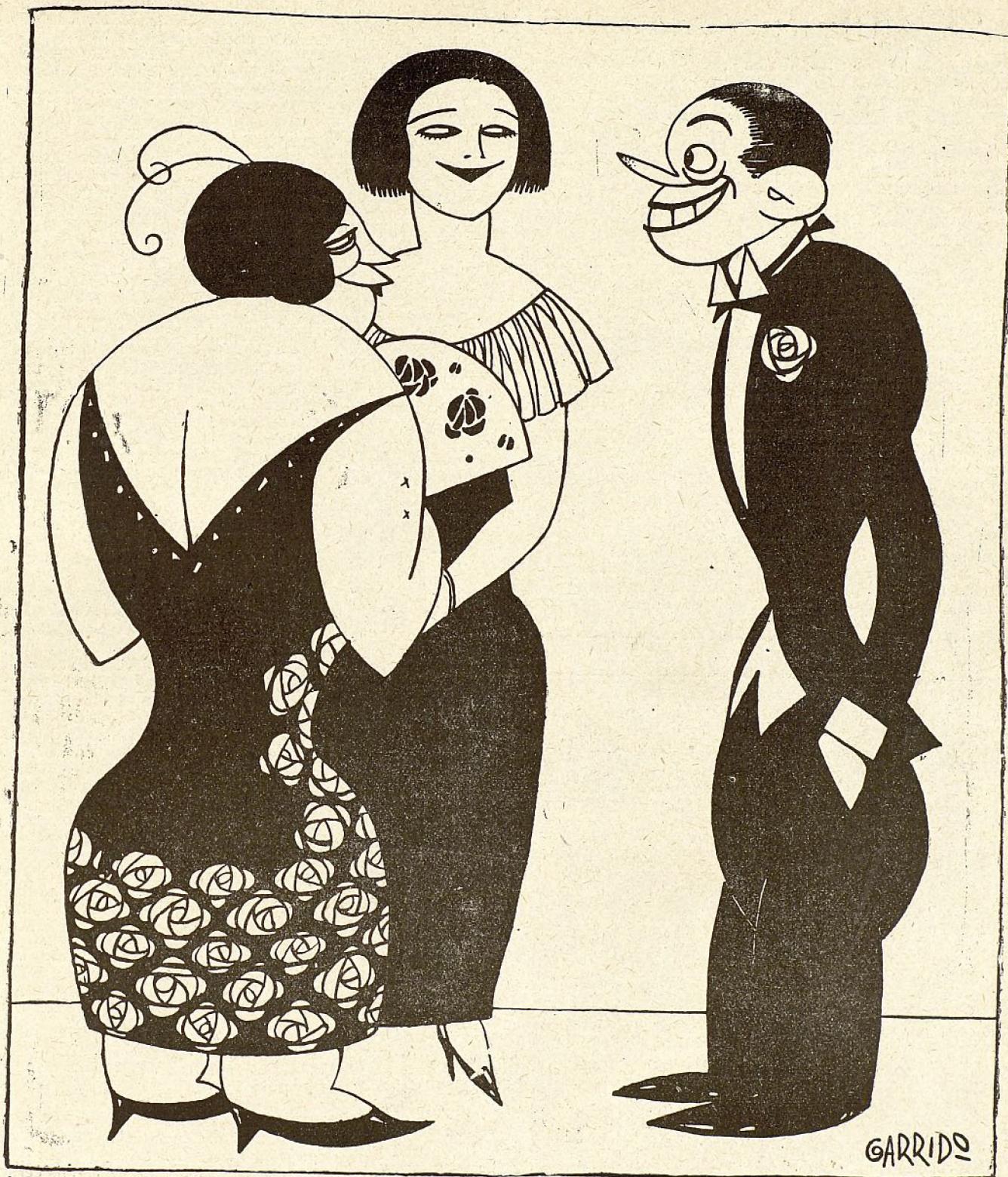
y del aura del jardín,

y con esa transición,

¡yo aseguro, a fe de Juan,

que el calor soportarán con mayor resignación!...

JUAN PÉREZ ZUNIGA



—Pero, ¿por qué va usted a ir a casa de un médico para oír la radiotelefonía?
—Porque me parece natural que un galeno tenga en su casa una galena...

Dib. GARRIDO.—Madrid.

LAS MUJERES MÁS HERMOSAS

Siempre es una cosa que nos ha preocupado: la cuestión de la mayor o menor belleza de las mujeres en las regiones de España. Hemos viajado bastante, sobre todo en época de exámenes; nosotros sabíamos por la agencia Cook en dónde estaban más fáciles las asignaturas que llevábamos. Sabíamos que era un servicio concertado entre las Universidades y las Agencias de turismo. Gracias a eso, pues, conocemos casi toda la Península, y de ahí nuestro desconcierto.

Una vez fuimos a Valencia, y allí nos dijeron a poco de estar:

—Ya sabe usted que la mujer valenciana tiene fama de ser la más guapa de España.

Nosotros nos enteramos con satisfacción, y desde aquel momento comenzamos a observar a las mujeres con mayor interés que el natural. Algunas bellezas encontramos, no cabe duda, pero también hallamos ejemplares horriblos.

—Serán forasteras—nos dijimos para tranquilizarnos.

Desde aquel día nos sentimos satisfechísimos, y cada vez que conocíamos a una nueva valenciana, nos sabíamos en presencia de una belleza excepcional. Cuál no sería nuestro asom-

bro cuando, con motivo de un viaje a Málaga, supimos por boca de un malagueño que las mujeres de Málaga tenían fama de ser las más guapas de la Península.

—Será este año—le dijimos.

Pero supimos que la creencia era general, y nos ocurrió igual que en Valencia. Vimos guapas y feas, forasteras sin duda, y admiramos fervorosamente a las hermosas como representantes de la belleza femenina nacional.

Cuando un santanderino nos aseguró que la palma de la hermosura se la llevaban sin disputa sus paisanas, nos entró cierto espanto.

Sería un caso de favoritismo. Quizá existía una Comisión de señores que recorrían las ciudades, dictaminando cuál era la que más esplendorosas beldades daba.

Reflexionamos mucho sobre el asunto. Pero, más tarde, visitamos Granada, Sevilla, Cádiz, Córdoba, Zaragoza, Alicante y Murcia.

Y en todas partes nos aseguraron lo mismo, y como prueba fehaciente nos cantaban una copla, que invariablemente terminaba afirmando que las mujeres hermosas eran las de la localidad.

Hasta ahora, sólo las grandes capitales, y especialmente las meridionales, habían tenido esa pretensión.

Nosotros no hemos conocido el caso de que Cuenca, por ejemplo, hubiese enviado una nota a los periódicos, diciendo sobre poco más o menos:

«Se ha tenido como cierto hasta ahora que las mujeres más guapas de España eran las de tal ciudad; nosotros, haciendo uso de un justo derecho, y siendo eco de los inmensos aficionados de esta población, afirmamos que, para mujeres hermosas, no hay como Cuenca.

»El que lo dude, que tenga la bondad de pasar por este Ayuntamiento, y le serán presentadas las señoritas de Menéndez, las de González y hasta la viuda de Martínez, que no son moco de pavo.»

Las ciudades de menor categoría han guardado un modesto silencio que las honra, y no es, por cierto, el que carezcan de bellezas regionales.

Cuantas veces hemos conocido alguna mujer hermosa, la hemos preguntado, sin darle importancia: «¿Y usted, de dónde es?» Y nos ha asegurado el haber nacido en Cáceres.

Lo que ocurre es que esas ciudades son modestas y recatadas, y esperan que sea un forastero el que alabe sus bellezas.

Este artículo ha nacido de unas declaraciones recientes, en las cuales se reconocía a las mujeres de Lérida como las más hermosas del reino.

Lérida es una de esas modestas poblaciones de que hablábamos; nunca se ha oído una copla que afirmase categóricamente que «para mujeres guapas, las de Lérida», y, sin embargo, hélas aquí colocadas por encima de esas presuntuosas capitales de provincia, que acaparaban ese puesto desde siempre.

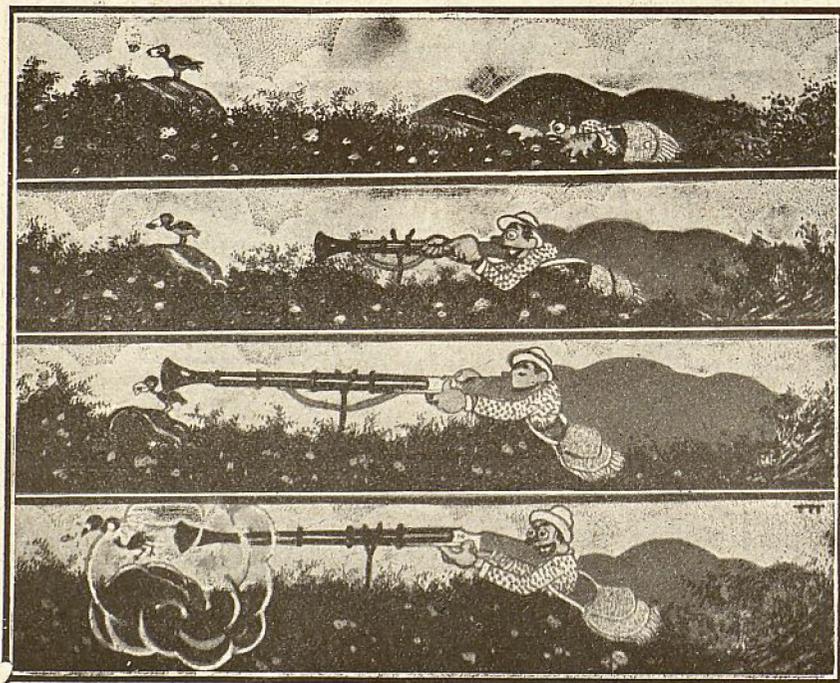
Lo que es probable es que cunda el ejemplo y pronto le salgan competidoras a Lérida. ¿Qué población no lanzará su reto?

Hay que prepararse, y además aprender a saber la denominación de los hijos de cada ciudad. Porque lo natural sería que así como las mujeres de Valencia se llaman valencianas, las de Granada, granadinas; las de Málaga, malagueñas, etc., las del resto de las provincias siguiesen ese orden de cosas. Pero no sucede así, y a lo mejor nos salen como las de Calatayud, que ahora resulta que se llaman «bilbilitanas».

Vemos, pues, con cierto temor la lucha interregional por esa supremacía estética, y no sabemos las proporciones que pueda tomar.

Creemos que debe de establecerse un turno, y que cada año se le debe de conceder ese honor a una población distinta.

EDGAR NEVILLE



Historieta muda, por MONDRAGÓN.—Barcelona.

LA ÚLTIMA PALABRA EN CINEGÉTICA O LA ESCOPETA DE RESORTE
Y LA PUNTERÍA INFALIBLE

Las novias que un servidor de ustedes ha tenido

Se van ustedes a aferrar, a quedarse fríos, a volverse locos, a caerse blandamente sobre el pavimento que tengan más cerca; se van ustedes a quedar absortos, atónitos, extraplanos, verdaderamente confundidos; se van ustedes a hacer cuarenta cruces y dos encomiendas, pero es inevitable que lo sepan ustedes, y mejor este mes que el que viene; y mucho mejor, esta semana que la próxima; y muchísimo mejor, hoy que mañana; y una barbaridad de mejor aún, ahora mismo que dentro de un rato. La noticia escueta y horripilante que les quiero dar a ustedes es que yo he tenido en esta vida ciento catorce novias, ciento catorce prometidas, ciento catorce ciudadanas a las que he dado palabra de casamiento y a las cuales no se la he podido cumplir, como habría sido mi deseo, porque el hecho hubiera constituido una poligamia tan espantosa, un amago de *harem* tan descomunal, que hubiese caído sobre mis cabellos el peso de todas las leyes fabricadas en el universo para estos casos; y hoy me vería solicitado por todos los fiscales, con casa y luz y mesa gratis en todas las cárceles y con la execración de todas las solteras y aspirantes a serlo que pululan y deambulan y circulan por el planeta y sus inmediaciones.

Y, sin embargo, la responsabilidad de la nefasta conducta que hoy lloro, no me alcanza sólo a mí, no, señores. El hecho de que, cuando yo vaya por las calles, y aun yendo por las plazas, se me paren las señoras, me sonrían, me dirijan la palabra, me den con el codo y hasta me ausculten, es por sí sólo bastante para eximirme de las culpas que vengan después. La desgraciada coincidencia de que a mí no me haya querido dar calabazas ni una verdulera, y de que me hayan dado el *sí* hasta muchachas que por su mala voz habían sido arrojadas del coro del Reina Victoria, habla muy alto, ¡estentóreamente!, en defensa de mi proceder con el bello sexo. Es ciertísimo que yo soy tierno de corazón, blando de boca y ligero de cascos, es indubitante que cuando veo unas faldas me pulverizo, aunque todavía me emociono más si las faldas desaparecen de mi vista, y está demostrado hasta la saciedad que a mí no me ha tenido que cantar ninguna joven el *ven y ven y ven*, por la sencilla razón de que con el primer *ven* he tenido suficiente y he ido con una velocidad como para un choque. Pero también es verdad que todas las adoradas de mi alma que yo he coleccionado, han hecho los imposibles para que las colecciono, y que en los jactanciosos rostros de muchas he leído la amenaza de muerte y la insinuación del vitriolo ante la ligera duda de que

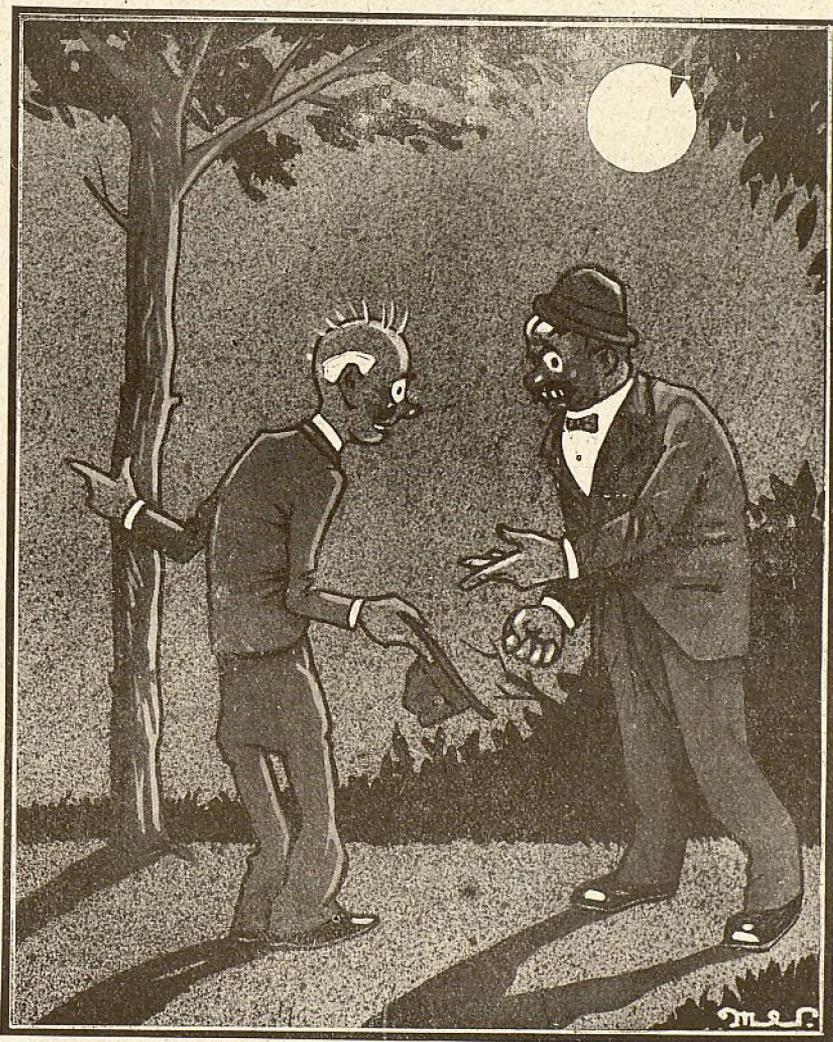
yo no las amase inmediatamente y sin omitir gasto ni sacrificio alguno.

Y esta facilidad con que las mujeres a quienes yo he dicho *¡te amo!*, me han respondido *¡y yo también!*, es la que me ha puesto en el triste trance de sumar ciento catorce idilios y de tener que poner coto a mis romanticismos en vista del peligro de que las autoridades, la Prensa y la opinión, tomasen cartas en el asunto y me dijeran seriamente que a ver qué va a ser esto.

Y como por lo que antecede supongo que se habrán ustedes empapado ya de la cuestión, paso a comunicarles

algunos detalles de varias de esas ciento catorce alienadas que han estado a punto de ir conmigo al altar, aunque luego se han conformado con ir a las sillas que hay un poco más abajo. Esto, no obstante, demuestra los sentimientos religiosos de todas mis prometidas, sin que el hecho de que hayan ido a misa envuelva idea de fanatismo, no. Mis ciento catorce amadas no han sido ciento catorce *beatas*, ni siquiera ciento catorce reales, aunque no osaré calumniarlas diciendo que fueron ciento catorce perras grandes...

Las más notables, las más dignas



Dib. MEL.—Madrid.

—¡Me debe usted una reparación!...

—Caballero... No recuerdo...

—¡Unas medias sueltas que le puse el mes pasado!...

de mención (y de lástima) entre todas ellas, han sido las que siguen... Las que siguen todavía solteras por culpa mía y porque hoy no hay Dios que se case, con el precio que tienen las subsistencias, los alquileres, el Metro y las butacas de Apolo.

ISABELITA GUMUCIO.—Muchacha rubia, de la provincia de Cáceres, aunque no precisamente cacerola, porque no era de la misma capital. Veintiséis años. Según la *Gaceta* del 4 de junio de 1916, maestra normal. Según yo, que estaba más en autos que la *Gaceta*, maestra superior. La dejé al enterarme de que tenía veinte niñas. Hoy posee un estanco en Torrejón de Ardoz. Cada vez que me ve en el pueblo, echa humo, cosa que les da una envidia atroz a los parroquianos del estanco, que no ven la manera de poder hacer lo mismo, a causa de las escogidísimas labores que les expende.

LOLITA PARDO.—Joven incauta a la que conocí en un cinematógrafo, ya demolido. Nos juramos amor eterno en la obscuridad, y allí mismo tuve el atrevimiento de pedirla la mano. Las peticiones de mano en los cinematógrafos son cosa corriente, y la pareció bien. Reñimos a los dos meses, porque me significó su deseo de que la tocara *un gordo* y a mí las mujeres interesadas me desencantan en el acto.

ESTHER RODRÍGUEZ.—Adorable criatura, de origen judío, pero de muy buen corazón. Yo la llamaba Estherilla. Un día se enteró de que yo coqueteaba con la hija segunda de una portera, y me largó dos bofetadas de larguísimo metraje. Entonces comprendí el daño que pueden hacer las judías si uno se descuida, y renuncié a pedir su mano; porque, si sin pedirla, la había puesto a mi disposición de un modo tan rotundo, ¿qué hubiese hecho aquella mujer si se decide a dárme-la?

MAGDALENA CAMPUZANO.—Estupenda modista valisoletana, con tan formidable clientela que vestía mensualmente a más de seiscientas señoras. Quizá por esto, la faltaba tiempo para vestirse ella, y no me convino. Aparte de esto, dos o tres veces que fui a visitarla, me dijeron que no estaba en casa porque había ido a probar. Y como no quisieron decirme qué era lo que había ido a probar, me escamé y puse fin al idilio.

MARÍA TORRECILLA.—Hermosísima sujeta, ya madura, pensionista, y con unas curvas tan atroces, que un día volqué y me hice daño y todo. La adoraba porque me habían dicho que tenía ocultas unas cuantas *peluconas*, pero la aborrecí al averiguar que lo que tenía era una peluquita de padre y muy señor mío. Yo había dicho, al iniciarse nuestros amores, y al creerla un poco

acaudalada: *¡la ocasión la pintan calva!*, pero con harto dolor comprobé que ella estaba todavía peor que la ocasión. Ella se disgustó muchísimo con mi retirada, pero no llegó a mesarse los cabellos ni a ofrecermelo para que no me fuese, cosas absolutamente difíciles, porque ya he dicho que ni tenía un pelo ni tenía una *pela*, a pesar de su fama de tenedora de onzas.

ANITA CARAZO.—Formidable viuda, de veintinueve años, a la que conocí en el Café Oriental una tarde en que estaba tomándose un café con dos medias. Este detalle es el que me impresionó, y es una tontería, porque generalmente el café lo toman con dos medias todas las mujeres, con la única excepción de las monjas descalzas; ¡pero fué así, y no voy a decir una cosa por otra!

Nos comprendimos y nos gustamos en seguida. Empezamos a celebrar nuestras entrevistas en diferentes cafés de Madrid, hasta que nos decidimos por el que nos pareció más discreto, que ya habrán ustedes adivinado que es el bar Callao. ¡}, en efecto, debo decir que si el bar no hubiese sido Callao, estarían hoy enterados, ustedes y medio Madrid, de lo que no hay necesidad de repetir aquí, porque el sitio no es oportuno ni el momento conveniente!

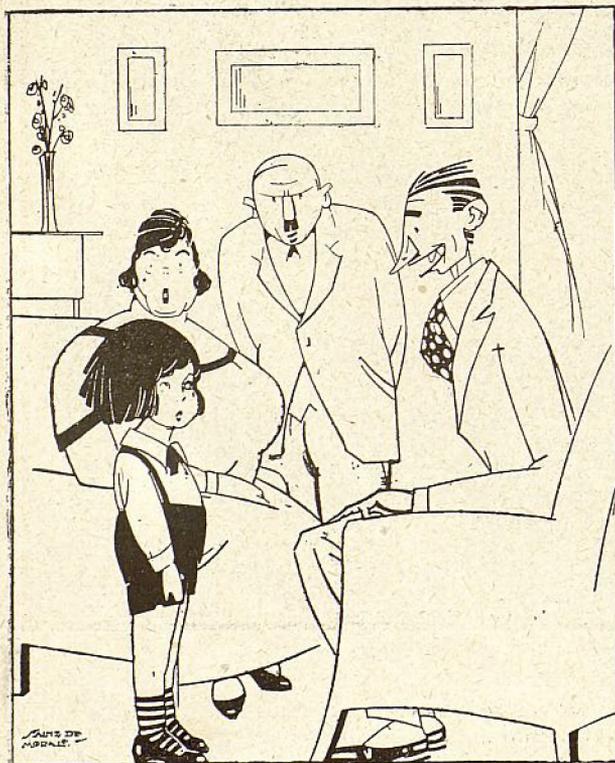
LAURITA PORRAS.—Bella telefonista, con la cual estuve hablando cinco meses y medio..., sin conseguir que me pusiera en comunicación con el catorce cero seis de Salamanca.

PILARÍN QUIROGA.—Esplendorosa morena, que era natural de Cádiz, pero con un desarrollo que no era natural (ni de Cádiz ni de ninguna parte). Projecté con ella un rapto, y en un coche me la llevé hasta Canillas. El padre, que hay que advertir que tenía un almacén de tejidos, no quiso pasar el rapto, y cuando estábamos en el segundo rapto, o sea en el rapto de enajenación mental que subsigue a los robos de mujeres guapas, nos alcanzó porque había cogido el Metro, es decir, porque había cogido los dos metros: el de Solventas y el que usaba en su establecimiento, con el cual me produjo lesiones de pronóstico reservado que tardaron en curar diecisiete días. Excusado es decir que yo rompí mis relaciones con Pilarín al mismo tiempo que su padre rompía su metro con mis omoplatos.

Afortunadamente, me libré de la persecución de los Tribunales, porque demostré de modo fehaciente, con pruebas irrefragables, y a la luz del sol, que no había pasado de Canillas.

Entonces, como siempre, me porté como lo que soy, como un ángel. Servidor de ustedes y querubín,

NÉSTOR O. LOPE



Dib.
SAINZ DE MORALES.
Madrid.

— Y tú, monín, ¿qué vas a ser cuando seas mayor?

— Yo quisiera ser ingeniero, pero papá dice que para eso tengo poca cabeza...

EL VERANEO DE CASIMIRO

Biarritz, julio de 1924

Queridos compañeros:
 Como os dije en mis cartas anteriores
 huí también, como otros mil viajeros,
 de ese Madrid feroz por sus calores,
 y me vine a esta playa deliciosa
 a gozar de una vida voluptuosa...
 ¡mientras vosotros ¡pobres! ahí sujetos
 pasáis por el bochorno
 de sentaros de noche en Recoletos,
 que es igual que sentarse sobre un horno!
 ¡Este Biarritz me encanta!
 ¡Qué playas, qué mujeres, qué *chaletes!*...
 Cuando la brisa de la mar levanta
 el clima es ideal. ¡Todos sorbetes!
 Lo que indica en lenguaje picaresco
 que el que más y el que menos es un *fresco*.
 ¿Y el Casino? ¡Magnífico, divino!
 Yo no tengo memoria
 de haber visto ni en Cáceres ni en Soria
 ninguno comparable a este Casino.

He alquilado un *chalet* y tengo un *aufo*
 que me paseo en él siempre que quiero,
 y en los ratos de holganza y con esmero
 escribo un drama, imitación de Plauto,
 que me lo hará este invierno la Guerrero.

Me admiran los poetas principales,
 que me agasajan como aquí no se usa,
 y entre el *vate español*—dicen los tales—
 y otra princesa y poetisa rusa,
 la gente cuyo voto me interesa
 prefiere el español a la princesa.

No hay fiesta de *fútbol*, *tennis* o *polo*
 a la que no me inviten en seguida,
 y de *sport* en *sport* y nunca solo,
sport demás de rápida mi vida.

Esta noche he perdido en la ruleta
 quinientos veintidós *luis*es y pico.
 ¡Me es igual! Tengo ya una jugarreta
 con la cual en un mes los centuplico.

Cogiéndome ayer tarde por el brazo
 el Gran Duque de Suecia en el Casino,
 como me habla de tú, me dió un *sablazo*
 de veinte mil pesetas. Me imagino
 que me las pagará, pues no es mezquino

ni un charlatán que zurce
 un enredo, ni un chisme, ni una broma,
 y me enviará, además, con un diploma,
 la *Gran Cruz*—según dijo—de *San Turce*
 o la *Banda*, tal vez, de la *Paloma*...
 ¡Y si el duque de Suecia se hace el *sueco*
 de un balazo en la sien lo dejo seco!
 ¡De mujeres no hablemos! ¡Qué conquistas!
 ¡Soy el pollo de moda este verano!
 Doncellas, aristócratas y artistas,
 sin querer se me vienen a la mano.

Hay una americana soberana
 que me asedia de un modo escandaloso,
 y hay una *miss*, inglesa casquivana,
 a quien le gusto mucho y *me hace el oso*.
 Como me encantan siempre en estos meses
 los refrescos ingleses,
 sobre todo, tomados con pajita,
 aunque el calor no aprieta ni amilana,
 he pensado sorberme la inglesa,
 y quitarme a la vez la americana.

¡Cómo veis soy feliz! ¡Qué más quisiera
 sino poder teneros a mi vera
 y no veros, sudando sin respiro
 y oyendo los conciertos estivales
 en el cursi paseo de Rosales
 y en la archicursi *zona* del Retiro!...
 Recibid los saludos más cordiales
 de vuestro compañero—CASIMIRO.

Nos consta que esta carta, y es la cuarta,
 la ha escrito, Casimiro que es un lince,
 desde su casa, Sombrerete quince,
 con el fin de achicarnos con su carta.

Y él, que de rico a presumir se atreve
 y de opulento jugador blasona,
 sabemos que le debe
 cuatro meses y medio a la patrona.

Ni salió de Madrid un sólo día
 ni sabe el desgraciado todavía
 si a Biarritz, para ir desde la Corte,
 se va por la estación del Mediodía
 o si se va por la estación del Norte.

FIACRO YRÁYZOZ

A nuestros suscriptores, de Madrid y provincias, que durante el veraneo cambien de residencia, se les seguirá sirviendo nuestro semanario a la nueva dirección, si nos advierten por carta, dirigida al apartado 12.142, Madrid, el cambio de domicilio

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL SEÑOR QUE NO SALDRÁ ESTE AÑO

Por Edouard Osmont

A causa de su mal equilibrado presupuesto, Durand no podrá abandonar París este verano. Los fondos de que dispone son exigüos. No viviría una quincena sin recurrir al crédito de sus proveedores o concertar discretamente un empréstito. Le es imposible salirse del plan normal.

Esta perspectiva no le aterra. Durand conoce demasiado la monotonía de los placeres que se encuentran en otras poblaciones, para no sentir en serio el verse privado de ellos. Sin embargo, considera su situación humillante en extremo. En la época en que el hortera más humilde acostumbra a proporcionar un pequeño descanso a la orilla del mar, le parece aún más mortificante quedarse clavado en el asfalto de la capital. Esto sería para todas sus relaciones la prueba de una mediocridad que había conseguido disimular a maravilla durante el invierno. Temé, por parte de sus amigos, exclamaciones de asombro, murmuraciones y comentarios, y no deja de sentirse molesto por ello.

Por esta causa se esfuerza en aparentar con discreción. Pasado el 14 de julio, cuando todos comienzan a hablar de sus proyectos de viaje, Durand afirma desdeñoso que aun no ha tenido tiempo para ocuparse del asunto. A mayor abundamiento, añade que no siente prisa. Los graves intereses que le están encomendados le impedirán ausentarse durante un mes, y él no querría terminar sus vacaciones con

apresuramiento. Se aprovecha de esta circunstancia para reírse de los imprudentes que, habiendo salido demasiado pronto, se ven forzados a regresar a París en pleno agosto, sintiendo la molestia de los últimos calores. Explica el porqué dichos veraneantes pierden así todo el beneficio de su cura estival. Por su parte, manifiesta su bien madurada resolución de ser más prudente. Aguardará con paciencia y tendrá el valor de refrenar durante algún tiempo su afán por oxigenarse; pero, al menos, a su regreso, gustará la satisfacción de encontrar un París refrescado por la brisa de otoño. Y todos asienten sin reservas.

A comienzos de agosto, Durand no parece aún muy decidido. Va a salir, en efecto, dentro de algunos días, pero duda entre diferentes proyectos de veraneo. El mar le obsesiona, aunque cree que la montaña le seduce más, si cabe. Hay, además, otras regiones que le parecen atrayentes en extremo. ¡Ah, las sombrías frondas de Turena! ¡Oh, las salvajes landas de Bretaña! Quiere estudiar los itinerarios. A cada paso saca del bolsillo guías y mapas. Frecuentemente se le ve estacionado ante las agencias de viajes, y en las terrazas de los cafés se le oye pedir a voces la *Guía* de las provincias.

Si se sonríen de sus vacilaciones, Durand no se ofende en lo más mínimo. Al contrario, bromea sobre su inveterada manía de no resolverse nunca

a tomar una decisión rápida. Se burla de sí mismo y lamenta ser demasiado viejo para corregirse. Aparte de que, en el fondo, toda precipitación le parece inútil. No hace calor todavía. Este año la temperatura es excepcionalmente deliciosa. Y Durand se apresura a entonar un himno sobre los encantos del París veraniego: ensalza la fresca del Bosque, sus verdes praderas, y proclama la satisfacción de recorrer las calles libres de ruidos. Además, ¿quién sabe? Quizá no sea un disparate esperar un poco: Durand prevé terribles calores para el fin de la estación.

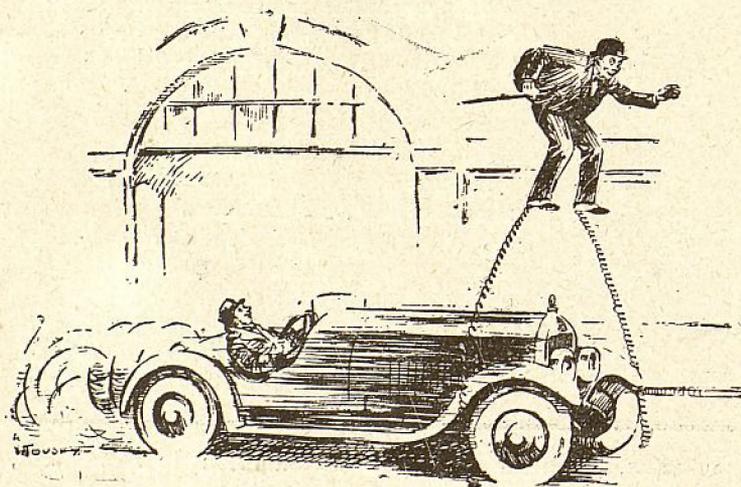
Pasado el 15 de agosto, siempre se encuentra a Durand en el *boulevard*. Ante la extrañeza de algunos, explica que se irá de vacaciones en la época de la caza. Hace muchos años que no ha tenido ocasión de entregarse a tan saludable deporte. Precisamente este año se anuncia que la caza será abundantísima, y lamentaría toda su vida el no haber aprovechado la oportunidad.

Desde entonces, departe con quien quiera escucharle sobre sus futuros lances de cazador. Comienzan a volver del campo muchos veraneantes y a ellos se dirige Durand con mayor empeño. Ante esos desgraciados, que reanudan con pesadumbre la labor diaria, se complace en trazar el cuadro seductor del largo mes de placer que ha sabido reservarse prudentemente. Y las miradas de envidia que sorprenden casi le consuelan de no poder viajar.

Septiembre llega. Durand siempre está en París. Acaban de escribirle del pueblo al que pensaba ir para inaugurar la caza. Por inconcebible fatalidad, llueve allí desde la mañana hasta la noche. ¿A qué marchar al campo para pasarse el día encerrado en un cuarto del hotel? En cuanto a cazar despreciando la lluvia, no podía pensarse en ello cuando se tiene propensión al reuma. Durand prefiere esperar otro poco.

Pasa el tiempo. Acortan los días. La villa empieza a recobrar su aspecto invernal. Algunos ratos hace frío... Durand vacila siempre y hasta llega a confiar a sus íntimos que ya no siente ganas de marchar.

¿Para qué salir cuando todos regresan y parecen tan alegres de retornar a París? Una vez más deplora su indecisión de carácter. Y jura que en la próxima ocasión tomará su partido a tiempo. Pero ahora, en fin de cuentas, ya es tarde. Durante algunos días aún se le ve vacilante; después se decide bruscamente. La noticia se hace oficial: Durand no saldrá este año.



¿Por qué no se han de emplear los talones con resorte para los peatones?

(De *Life*, de Nueva York.)

M. V.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

El hombre de fuego.—¡Estamos muy quemados con usted!... ¡Eso no se hace!... ¡Y, si por una casualidad dasgraciada, se hace, no se manda a un periódico!

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

Arkel. Madrid.—¡Si viese usted el loco interés con que hemos leído su trabajo, se conmovería usted hasta llegar al sollozo!... Pero, pese a nuestros magníficos deseos, no hemos podido llegar a la conclusión que anhélábamos. ¡Es muy poquita cosa *La tragedia de las pinzas!*... ¡Pero muy poquita, mi amigo!

Máquina de escribir
UNDERWOOD
La mejor del mundo.
Modelos modernos.
ALCALÁ, 39.-MADRID

René Reñé. Gijón.—¡Tenga usted la bondad de dirigir sus pasos a la cuadra que vea más cercana!... ¡Es lo mejor que puede hacer, créanos!

Wepco. Buenos Aires.—Corto y poco substancioso, amigazo. Repita, si quiere, con otra cosa unas mijajas más divertida, para que podamos juzgar.

7,50 collar oro, 18 kilates
NÚÑEZ compra
venta
29, Barquillo, 29

Leandro Reyes Santa-Faz. Madrid.—¿Qué es eso de que aquí tiene usted un enemigo declarado de su reposo?... ¡Aquí tiene usted cuantos amigos desee, desde el fútil ordenanza, hasta el altivo, soberbio e intratable presidente del Consejo de Administración!... Ahora bien: cuanto más amigos, más claros y esto que nos envía no es publicable, y no porque no sea gracioso, sino porque el público diría que eran pláticas de familia y no nos haría caso. Afine, esmérese, puntualice, concrete su salero en algo categórico y carcajante, y le aseguramos que se hace usted el amo. ¡Si lo estamos deseando!...

La hermana rubia. Sevilla.—Hermosísima señorita: hemos leído sus encantadoras cuartillas con una emoción que se habría usted asustado la mar si nos hubiese visto. Están tan bien, tan monumenalmente bien, que de ninguna manera las publicamos. Tendríamos celos, unos celos terribles, de que otros ojos las contemplaran, de que otros labios las de treasen, de que otros corazones se conmovieran con ellas ¡¡Y eso no, no, y mil veces no! ¡Esas cuartillas no verán la luz jamás! ¡Esas cuartillas son para nosotros solitos! ¡Para nosotros nada más! ¡Para el público, nunca!!

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

La hermana morena. Sevilla.—¡Qué requetegapisima debe usted de ser, morena... digo hermana!... ¿Verdad que sí que lo es usted?... Pues si lo es usted, que segura-

2'50 J. MINANA
CABRETAS 33
PAQUETE DE 10 HOJAS.

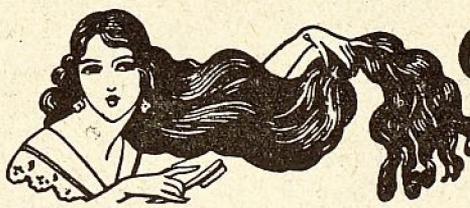
P. R. M. San Fernando.—Con usted nos ha sucedido lo mismo que con el amigo Arkel. ¡Bonísimos deseos, pero nos hemos estrellado!... ¡No es eso lo que esperamos!

CASA JIMÉNEZ
Primera casa en
OBJETOS PARA REGALOS
Aparatos fotográficos.
Cinematografía.
Preciados, 58 y 60.

P. T. Madrid.—Tiene usted mucha razón. No todo lo que escriben los escritores graciosos, es gracioso siempre, desventura que le ha ocurrido a usted con esto que nos ha enviado ahora. Pero no importa, no hay que desmayar. Usted aguce el magín, que vale para ello, pero no vaya usted a marearse con nuestras alabanzas y sea peor, ¡¡cuidado!!

CALZADOS LLORENTE
Carmen, número 25
Los mejores de Madrid.
A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

¡R. M. B. Sevilla.—Nos gusta el asunto, pero está muy mal desarrollado. Y en los trabajos humorísticos, como en la belleza feminista, el desarrollo es lo principal. ¿Estamos conformes?...



Agua RADIUM
TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —
CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

J. A. y B. Madrid.—¡Artículos de perfumería, no!... Y escritos con ese realismo, menos... ¡Eso se llama en esta casa escribir en cucullas! De modo que, levántese y ande.

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

A. C. Madrid.—Don Zenón será más chulo que un ocho, pero su artículo festivo (¡¡!) es más mareante que un quince. Y en vista de ello, decimos: ¡mecachís en diez! y lo vertemos en el imponderable cesto.

Bodegas de los CEAS
Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.
Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

Rigoletto.
La donna e móbile
cual piuma al viento,
e il vostro artículo
e un esperpento.
AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL. 13

Enrique Aguilar. Sevilla.—¿Quiere usted tomarse la molestia de escribirnos con su dirección? Porque hemos recibido su giro y nos vemos en el horrendo conflicto de no poder enviarle los números que ha abonado por no tener sus señas. Dispense el retraso y la peñición que le hacemos, pero la necesidad nos obliga.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. **LOGROÑO**

D. P. del A. Almería.—Impaciente y admirado amigo: Ni *Una mujer bellísima*, ni *Los fabricantes de discursos*, ni *Las pequeñas tragedias* añadirían un ápice a su fama si se publicasen. Son bastante peores que los últimos que tuvimos el negro pesar de rechazarle a usted.

mente lo es (y perdone la insistencia), ¿por qué escribe usted artículos?... ¿Y por qué, después de escritos, nos los manda a nosotros?... Créanos usted: a su edad y con su cara sandunguera escribir un artículo es poner en un compromiso a los hombres galantes que lo han de leer. Porque, díganos, ¿cómo le decimos nosotros a usted

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA. — CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

que el artículo no es publicable?... ¡A ver, señorita, si esto no es un apuro y de los obesos! ¡Tan apuro, que no se lo decimos a usted! ¡Si usted lo adivina, bueno; pero si no, ni palabra!

Lumiére. Madrid.—Sencillo, inocente y lánguido como rauda mariposa que va de flor en flor.

El amigo del suicida.—¿Dudaba usted de que fuese publicable su artículo? ¡Pues no lo dude usted ni un momento más!...

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En un examen de Lógica.

EL PROFESOR.—¿Quién es el Yo?

EL ALUMNO.—(Espantoso mutismo.)

EL PROFESOR.—¿Usted siente que existe?

EL ALUMNO.—No, señor. Lo celebro infinito.

A. C.—Madrid.

—¿En qué se parece un luchador de grecorromana a un vago?
—En que ninguno quiere *pegar* las costillas.

N. O. S.—Madrid.

Un individuo increpa en esta forma a otro que es mudo de nacimiento:

—¡En vista de lo mal que te has portado conmigo, te prohíbo que vuelvas a dirigirme la palabra!

Ege.—Madrid.

—¿Cuál fué el soldado que peleó más bravamente en la batalla de Lepanto?

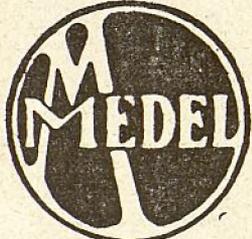
—Cervantes, porque luchó a brazo partido.

Gracita Martos.

—¿Cómo se cura radicalmente a un enfermo que padezca del corazón?

—Vendándole los ojos con un pañuelo; pues ojos que no ven, corazón que no siente.

Celes Díez.—Bilbao.



MEDEL

GRAN VIA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

Entre dos amigos ganaderos.
DIÁLOGO DEL 1 DE JUNIO.
—¿Tú no tuviste enfermo a tu caballo?

—Sí.
—¿Y qué le diste?

—Trementina.
Te agradezco que me lo hayas dicho.

DIÁLOGO DEL 2 DE JUNIO.
—Hombre, valiente consejo me has dado ayer!

—¿Por qué me dices eso?
—Porque ayer di trementina a mi caballo, ¡y se me ha muerto!...

—¡Exactamente, lo mismo le pasó al mío!...

Francisco García.
Valdepeñas.

Pida en cualquier librería el último libro de BERGUA:
"DOLOR"
(Novela llena de alegría.)

—¿En qué se parece un encuadernador a una mujer que te engaña?

—En que el encuadernador pega tela y la mujer *te la pega*.

A. Jaén.—Melilla.

Por unos dientes bonitos Saturnino se desvive. Por lo cual sus novias usan Licor del Polo de Orive.

—¿Qué animal es el que se mantiene de letras?

—La lechuzca, que b, b, a, c y t.

El Chiquillo.—Madrid.

Un mozo de cuerda entra en una mercería y dice:

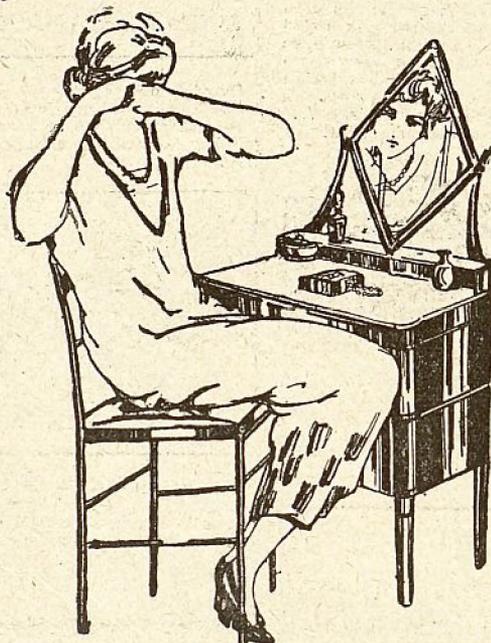
—¿Tienen ustedes pañuelos?

—¿De seda?

—¡De narices!

Pedro Vizcaíno.—Melilla.

Indra Perla



Es imposible imitar su oriente; son las más estimadas universalmente y los joyeros las recomiendan a su clientela por ser superiores a todas las demás.

Collares Sautories, Aretes, Botones de pechera y Afileres de corbata.
EN TODAS LAS JOYERIAS

En el teatro.
En la representación de cierto drama se desató el público en silbidos, menos un espectador que empezó a aplaudir como un desesperado.
—¡Pero, hombre!—le dijo otro.—
—¿Tiene usted valor para aplaudir una cosa tan mala?
—¡No, señor! ¡Si yo aplaudo a los que silban!...

Eseesede.—Madrid.

—¿Qué nación de Europa se arruina si le quitan una mujer?
—Bulgaria. Porque si le quitan Sofía, se queda sin capital.

Telesforita García.
Paracuellos de Jarama.

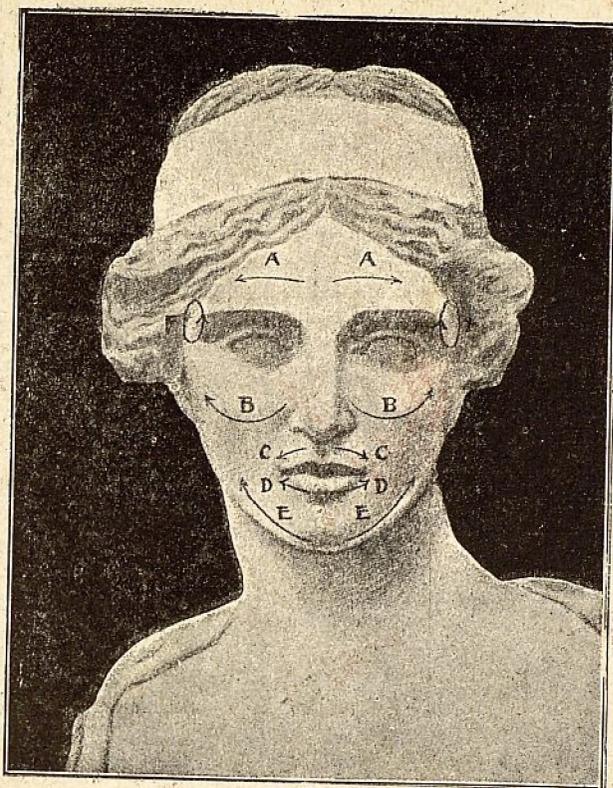
En una oficina.
EL DIRECTOR.—Hace un mes me pidió usted otro permiso, diciendo que su mujer estaba de parto.
EL EMPLEADO.—Le diré a usted, señor director: es que mi esposa es comadronal

Antonio Lobo.—Madrid.

Entre amigos:
—¡Chico, a mí me gustan las mujeres de cierta edad! ¡Mi delirio es una rubia o una morena pasaditas!
—¡No, hombre! ¡P'asadas las castañas!

Mignon Lescaut.—Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. = MAYOR, 1
MADRID

